

# Abril Traicionado

*Francisco Martins Rodrigues*



# Índice

<b>Introducción .....</b>	<b>5</b>
<b>I. El verano caluroso .....</b>	<b>9</b>
La «vía socialista» .....	10
El motor de la revolución.....	12
La lucha en dos frentes .....	14
El mito del «golpe de Praga».....	16
Socialismo tutelado.....	18
La «muralha de aço» .....	20
COPCON y el poder popular.....	21
Impotencia en el poder .....	23
Una extrema izquierda moderada.....	25
La pequeña burguesía no vaciló.....	27
<b>II. 25 de noviembre: la izquierda acorralada.....</b>	<b>31</b>
El PCP y el «izquierdismo».....	35
Extrema izquierda y COPCON .....	37
Proletariado y pequeña burguesía.....	38
El golpe .....	40
<b>Diálogo (imaginario) con un demócrata .....</b>	<b>43</b>
<b>Salazar y otras historias .....</b>	<b>47</b>
<b>Eructo presidencial.....</b>	<b>57</b>

<b>Cómo fue derrotada la izquierda el 11 de marzo .....</b>	<b>59</b>
<b>Diez verdades incómodas .....</b>	<b>63</b>
<b>Carabelas de abril.....</b>	<b>67</b>
<b>Vasco Gonçalves y los izquierdistas .....</b>	<b>69</b>
<b>Los pides y los otros .....</b>	<b>71</b>
<b>El resistente .....</b>	<b>75</b>
<b>¿Fue culpa del izquierdismo? .....</b>	<b>77</b>
El «partido de vanguardia» se queda atrás.....	78
En defensa del orden .....	79
El verano de la agonía.....	80
Culpa del PC.....	82
<b>Nostalgia de Salazar .....</b>	<b>85</b>
<b>Entre dos golpes .....</b>	<b>87</b>
<b>Cunhal novembrista.....</b>	<b>89</b>

## Introducción

Este libro no tiene fines conmemorativos. Es una recopilación de artículos publicados en los últimos años en una revista<sup>1</sup> de tirada restringida, que se dirige contra la mistificación, hoy casi obligatoria, de que hubo un gran consenso nacional en torno al 25 de abril. Nada más lejos de la realidad. Basta con hablar de un aspecto muy concreto que estuvo en el centro de los acontecimientos, el movimiento popular de 1974-75, para que las diferencias salgan a la superficie, irreductibles.

Como todos los acontecimientos realmente importantes, el movimiento popular que siguió al 25 de abril sigue sirviendo, muchos años después de su desaparición, para calibrar los alineamientos políticos. Desviación amenazadora, aberrante y anárquica para toda la gama de partidarios del orden existente, ya sean demócratas, socialistas, socialdemócratas, demócratas cristianos o demócratas fascistas, es en cambio recordada con nostalgia por la gente sencilla como una época en la que la voz de los pobres se hizo oír y empezó a tener peso. Y esto define dos grandes campos en nuestra sociedad; dos campos, aunque el silencio al que se ha reducido el segundo lleve a los incautos a pensar que ha desaparecido. Entre ambos, como siempre, aplaudiendo la llegada del abril pero también censurando los «excesos», se encuentra el PCP, fiel a su vocación genética de conciliar lo irreconciliable. Un esfuerzo sin gloria que no impedirá que estas dos grandes corrientes vuelvan a chocar algún día.

¿Qué queda de abril? Muy poco, casi nada. Ahora que la libertad significa que la burguesía es libre de enriquecerse y el proletariado de vegetar, y que el pluralismo de partidos ha degenerado en una vulgar competición de compinches por la administración del poder, cada vez es más difícil encontrar a alguien que se tome en serio la autenticidad de esta democracia.

Todavía pueden hablar libremente, por supuesto. Pero, ¿qué ha sido de la hermosa dignidad de la gente corriente que, hace veinticinco años, descubrió de repente que no había por qué temer a las fuerzas armadas y a los patronos y se reunía en asambleas para discutir y resolver las cuestiones de su vida colectiva, o para manifestarse espontáneamente en las calles? Eso

1. *Política Operária* (N. del T.)

fue desterrado sin dejar rastro, porque era la esencia misma de la democracia. Esta novedad electrizante, que algunos llaman condescendentemente utopía, fue simplemente el descubrimiento de que la democracia puede ser algo más que el espectáculo de las instituciones, puede ser la forma de cuestionar un orden social inicuo y de abordar la gran cuestión prohibida que, sin embargo, palpita bajo la normalidad de la vida cotidiana: ¿es admisible la propiedad privada de unos pocos frente a los intereses de la inmensa mayoría? Ésa y sólo ésa es la razón por la que la democracia de abril fue sofocada. Ese fue su *crimen*.

Cada vez se habla menos del 25 de noviembre y, sin embargo, ésa es la única y verdadera fecha fundacional del régimen actual. Si las eminentes personalidades que nos gobiernan fueran capaces de dar la cara –cosa que ciertamente no hacen– celebrarían el golpe militar de noviembre en lugar del 25 de abril y reconocerían que ese día, a diferencia del otro, el pueblo no salió a la calle en delirio sino que reinó el silencio opresivo del estado de sitio; fascistas y magnates se regocijaron, los militares leales al pueblo fueron encarcelados y los pobres comprendieron que su breve tiempo de libertad y esperanza había llegado a su fin. La contrarrevolución, ese es el sello distintivo de este régimen, del que no puede deshacerse por mucho que intente ocultar sus orígenes y adornarse con las flores de abril.

Porque la verdad emerge lenta pero irresistiblemente de la red de invenciones en la que intentan ahogarla: cuando, desde el 25 de noviembre, se invocó la necesidad de «restablecer la normalidad democrática» y «poner fin al *desorden*», no se trataba de crear una situación de tranquilidad y equilibrio mutuamente beneficiosa para todos, sino de despojar a los trabajadores de *todo* lo que habían ganado en esos diecinueve meses. La reforma agraria, el control obrero, los plenos, comités y asambleas, el acceso a los medios de comunicación, todo ha sido metódicamente suprimido porque así lo exigen los intereses del Capital. En su lugar reinan ahora las verdaderas banderas de esta democracia: la brecha entre ricos y pobres, los negocios, la corrupción, la precariedad laboral, la inseguridad. Y por si fuera poco, coronando el desaliento y la alienación de los millones de oprimidos, las cínicas promesas de un futuro radiante servidas por demagogos profesionales. ¿Hace falta decir

más para demostrar lo absurdo de la «democracia nacional» con la que soñaban (¿todavía sueñan?) los incurables predicadores del reformismo?

En este 25 aniversario, cuando la prostitución del 25 de abril por la democracia oficial roza lo grotesco y los que liquidaron las conquistas populares nos aconsejan gravemente a venerar el Día de la Libertad, conviene preguntarse: ¿era inevitable que las grandes esperanzas del 74-75 acabaran en este pantano?

La respuesta aquí es: sí, fue inevitable porque al movimiento popular le faltó la determinación para derrotar a sus enemigos hasta el final. Sólo con esa determinación habría podido arrastrar consigo a la mayoría temerosa, apática o vacilante y consolidar logros reales. Ésa es la lección del 25 de abril que se está ocultando. Crear una nueva ola, capaz de atreverse con reivindicaciones más que parciales y de aspirar a una profunda transformación social, es lo que más necesitan los trabajadores de nuestro país.

### **Siglas y significados**

PS - Partido Socialista

PCP - Partido Comunista Português

PPD - Partido Popular Democrata

CDS - Centro Democrático Social

FUR - Frente Unidade Revolucionária

MES - Movimento de Esquerda Socialista

UDP - União Democrática Popular

MRPP - Movimento Reorganizativo do Partido do Proletariado

PCP-ML - Partido Comunista Português - Marxista-Leninista

AOC - Aliança Operária Camponesa

OCMLP - Organização Comunista Marxista-Leninista Portuguesa

PRP - Partido Revolucionário do Proletariado

MDP - Movimento Democrático Português/Comissão Eleitoral Democrática (MDP/CDE) fue fundado en 1969, actuando a través de comisiones electorales democráticas, para competir en las elecciones legislativas.

ELP - Exército de Libertação Português (extrema derecha)

PCP(R) - Partido Comunista Português (Revolucionário)

PREC - Processo Revolucionário em Curso

MFA - Movimento das Forças Armadas

Grupo de los Nueve - El Grupo de los Nueve era un grupo de oficiales de las Fuerzas Armadas portuguesas liderados por Melo Antunes perteneciente a la ala moderada del MFA.

COPCON - El Comando Operacional do Continente fue un comando de las Fuerzas Armadas portuguesas, creado con el objetivo de crear las condiciones para que pudieran garantizar el cumplimiento de los objetivos de su programa, presentado a la nación el 25 de abril de 1974, con el ámbito territorial de responsabilidad el teatro de operaciones en Portugal continental.

## I. El verano caluroso

A través de una serie de temblores en cadena, el proyecto regenerativo y ordenado del movimiento de los capitanes se desmoronaba. En el plazo de un año, la oleada de ocupaciones, sanciones, manifestaciones y huelgas había dejado al país irreconocible. Era una ola pacífica, de la que el MFA estaba embriagado, pero que sin embargo rompió todas las barreras. La hermosa Revolución de los Claveles se estaba convirtiendo en una pesadilla para los amantes del orden.

En verano, la «originalidad de la vía portuguesa al socialismo» llegó a su límite extremo. Ocupaciones masivas de tierras y leyes antihuelga; secuestros patronales e invitaciones a invertir; órganos de «poder popular» y declaraciones de lealtad a la OTAN coexistían en un fantástico equilibrio. El país parecía dirigirse hacia una situación de doble poder y hacia una confrontación revolucionaria.

Seis meses después, todo había terminado y la burguesía se felicitaba por haber dominado la «amenaza totalitaria» sin ningún derramamiento de sangre. ¿Qué ocurrió realmente en esos seis meses para que fuera posible semejante vuelco? O, en términos más generales: ¿cómo pudo el proletariado portugués, mantenido en minoría por medio siglo de circumspecta oposición democrática al fascismo, alcanzar tan fácilmente las cimas del 75? ¿Y cómo pudo dejarse expulsar de ellas de forma tan infantilmente vergonzosa, hasta llegar a las miserias de la época actual?

Es imposible aprender algo del verano del 75 sin analizar la oposición de intereses entre el proletariado, motor de los acontecimientos, y la pequeña burguesía «revolucionaria», su dirigente.

Esto, por supuesto, parece insoportablemente «sectario» a primera vista. El 25 de noviembre fue obra de una amalgama de fuerzas socialdemócratas, liberales y reaccionarias, animadas por el PS y patrocinadas por la socialdemocracia alemana y el embajador Carlucci. ¿Por qué culpar a las fuerzas de izquierda, que pueden haber cometido errores pero que eran, en cualquier caso, la posible vanguardia del movimiento?

Sin embargo, el éxito *demasiado fácil* del 25 de noviembre, que constituye su principal originalidad, obliga a examinar más de cerca la política seguida por el PCP, el ala izquierda del MFA y los grupos de la «izquierda revolucionaria». El objetivo de estas notas es demostrar que estas fuerzas aplicaron, en nombre de los intereses populares, una táctica que les era contraria y que, en última instancia, expresaba el deseo pequeñoburgués de encontrar una vía intermedia entre la revolución y la contrarrevolución.

Lo que vimos en el verano del 75 fue una gran marejada espontánea, anárquica pero perfectamente coherente, en la que la pequeña burguesía «revolucionaria» empezó por paralizar políticamente al proletariado para poder dirigir el proceso, y acabó viendo, angustiada *pero también aliviada*, cómo los Chaimites<sup>2</sup> se detenían.

Por impopular que pueda parecer esta conclusión a los ojos de los últimos fieles de la alianza Pueblo/MFA, es a lo que conducen los hechos. Es necesario analizarla. Porque es ahí, al evaluar el papel de la pequeña burguesía «revolucionaria», donde podemos comprender las profundidades de la lucha de clases en el 75 y distinguir, en el nebuloso terreno de las «conquistas de abril», lo que estaba a favor del proletariado y lo que estaba *en su contra*.

## La «vía socialista»

El fiasco del 11 de marzo mostró la irremediable senilidad de la vieja derecha. Los banqueros nacionales y extranjeros se retiraron, desalentados: aquel imbécil Spínola sólo sirvió para empujar a la izquierda cada vez más a la izquierda.

Un mes y medio más tarde, sin embargo, las elecciones a la Asamblea Constituyente dieron el toque de clarín a una nueva derecha más consistente, agrupada en torno a los partidos «ordenados», que obtuvieron las tres cuartas partes de los votos. La burguesía sintió renacer la esperanza. Las elecciones contrastaron al «pueblo unido» imaginado por la exaltación colectiva con el pueblo *real*, que quería estabilidad y legalidad. El PS, con sus 116 diputados, se confirmó como el baluarte natural del orden, tanto más cuanto que el PPD no encontraba un líder ni una línea de dirección. Por una lógica

2 Vehículo militar popular en la década de 70/80 en Portugal (N. del T.)

intuitiva de concentración de esfuerzos, una gran parte de la burguesía y la masa de la pequeña burguesía se adhirieron al «socialismo» y comenzaron a disputar a su bando el ala moderada del MFA.

Pero mientras tanto, el MFA había sido ganado por una ola radical en reacción al 11 de marzo: la creación del Consejo de la Revolución y de la Asamblea del Movimiento, el encarcelamiento de figuras reaccionarias hasta entonces intocables, el inicio de las nacionalizaciones, el anuncio de la Reforma Agraria, la ley de arrendamiento rural, la proclamación de la vía socialista. Y no se detuvo ahí: publicó los informes del 28 de septiembre y del 11 de marzo, arrancó a los partidos un Pacto que los vinculaba a los objetivos de la Revolución, congeló los precios de los productos de primera necesidad y los alquileres de las viviendas. Una semana antes de las elecciones, enormes manifestaciones populares dieron la victoria a la alianza Pueblo/MFA. Puede que el PS tuviera la mayoría de los votos, pero los oficiales «revolucionarios» habían ganado la iniciativa.

La «revolución» vivió entonces sus breves días de esplendor. Cuando tomó el poder, el MFA pareció superarse a sí mismo y liberarse de la vacilación que lo había paralizado desde el 28 de septiembre y que lo llevó a convocar la Asamblea Constituyente. Incluso los grupos revolucionarios se sintieron superados por la izquierda.

Lisboa parecía transfigurada. Los bancos exhibían pancartas: «Nacionalizados, nuestros». Se discutía la «apropiación colectiva de los medios de producción». En un mitin en honor de Catarina Eufémia,<sup>3</sup> los dirigentes del PCP saludaron a la nueva GNR democrática y dieron charlas educativas al PSP. Los soldados descubrieron con asombro que podían comer en el mismo comedor que los oficiales. Los ingenieros se vistieron como obreros. Los demócratas silenciosos saludaban con los puños cerrados en los mítines. Incluso los tenderos, encantados con el respeto a la propiedad y el mayor poder adquisitivo de los trabajadores, aprobaron la «transición al socialismo».

En una palabra, el MFA parecía escapar a las leyes de la lucha de clases e instituir algo nunca visto: una revolución sin ruptura del orden, sin guerra

---

3. Militante comunista del Alentejo muerta por la policía en una manifestación por mejores condiciones de trabajo para los trabajadores rurales (N. del T.)

civil, sin lucha encarnizada entre la izquierda y la derecha. El profesor estadounidense Paul Sweezy expresó el sentir general de la izquierda en aquellos días cuando comentó que el MFA no podía entenderse como una mera variante de la intervención de los militares en la política. Era, por algún milagro inexplicable, la «vanguardia de la revolución».<sup>4</sup>

## El motor de la revolución

El MFA podría haber repetido, para tranquilizarse, que era «el motor de la Revolución». El 11 de marzo había cambiado muchas cosas. La táctica de capitalizar la indignación popular contra la derecha en apoyo patriótico al MFA ya no apaciguaba al pueblo. Los cortes de carreteras, el saqueo de las sedes de los partidos de derechas, la nueva oleada de ocupaciones de casas, las ocupaciones de tierras que se extendían por el Alentejo, las armas sacadas de contrabando de los cuarteles, ridiculizaron de la noche a la mañana a Costa Gomes, cuya primera reacción había sido vincular el golpe a «la indisciplina social explotada por agitadores profesionales», y al PCP, que se había apresurado a condenar «la violencia anárquica y la destrucción practicadas a la sombra de la lucha contra la reacción».<sup>5</sup>

Los tiempos estaban cambiando. La iniciativa de la calle, desatada por la crisis del poder, no sólo bloqueó la reproducción normal del capital, sino que abrió grietas en todo el imponente edificio de las instituciones, las leyes y las costumbres. Los ideólogos burgueses que hoy parecen querer explicar los acontecimientos por el conflicto entre instituciones, sólo lo hacen para evitar admitir la fragilidad del poder bajo el impacto del movimiento de masas.<sup>6</sup> Tal vez se vengan así de las humillaciones que les impusieron las «masas» en su momento. Pero se condenan a sí mismos a no entender nada del juego de fuerzas políticas que condujo a la crisis del verano.

---

4. Paul Sweezy, *La lucha de clases en Portugal*, Ed. SLEMES, 1976, p. 21.

5. *Comunicado hecho por la Comisión Política del CC del PCP*, 11 de marzo de 1975

6. «El proceso de formación de las instituciones hasta entonces prohibidas» —dice Jesús Medeiros Ferreira— «fue más importante y decisivo desde el punto de vista de la construcción del régimen político que, por ejemplo, la lucha de clases que también tuvo lugar en ese momento». J. Medeiros Ferreira, *Ensaio histórico sobre a revolução do 25 de Abril. O período pré-constitucional*. Ed. Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1983, p. 88.

De hecho, empezaba a suceder algo que nadie había sospechado y nadie había planeado: las masas, tomándose la democracia al pie de la letra, amenazaban con derribar el régimen burgués. La burguesía seguía fingiendo acoger con serenidad democrática las explosivas mociones de los plenos, pero veía que el respeto al orden era un manto cada vez más fino que apenas encubría la impotencia real de los órganos de poder.

El pueblo ya se había dado cuenta de que el GNR y el PSP, sospechosos de estar implicados en el golpe, no estaban autorizados por el MFA y de que las fuerzas de COPCON se negaban a reprimir sus iniciativas. Lógicamente, no se tomó en serio las llamadas a la disciplina y las amenazas de severas sanciones por las ocupaciones ilegales. Amplió la brecha todo lo que pudo. Expresó su voluntad en comités y plenos e intentó ponerla en práctica. Aprovechó los desgarros en el control burgués de la prensa y la radio para utilizarlas como órganos de sus denuncias y reivindicaciones.

Fue esta impetuosa aspiración al cambio por parte de las masas avanzadas la que les permitió marcar el rumbo de la política y arrollar la temible resistencia de la derecha y la inercia de las grandes masas, indecisas y flotantes. Fueron las masas las que engrosaron diariamente el ala izquierda del MFA, dieron vida a los grupos revolucionarios y condicionaron la política del PCP.

Este movimiento, que empezaba a descubrir su voz y su fuerza, estaba aún muy lejos de descubrir su identidad política. Aceptaba como representantes al MFA, al PCP, al MDP e incluso al PS. Sólo los flecos más radicalizados seguían a los grupos revolucionarios, opuestos a toda autoridad establecida. Sin embargo, estos grupos no eran más que partes confusas de la nueva corriente revolucionaria que fermentaba en la lucha de clases.

El MFA pudo así adelantarse a la calle y proclamar el «socialismo» y el «poder popular» antes que ella. Sancionó con su autoridad iniciativas populares que nunca había creído posible admitir. Cedió a todo con el buen instinto de que lo más vital era no perder el control del poder. La fuerza del movimiento se había vuelto tan indiscutible que la lucha contra el proletariado sólo podía librarse en nombre del socialismo y de la revolución.

## La lucha en dos frentes

Sería un error considerar esta repentina conversión del MFA al socialismo como una maniobra maquiavélica para confiscar la bandera de la revolución a los obreros y asalariados. La lucha de clases no es tan sencilla.

El MFA había aprendido a su costa que el noble proyecto de «devolver la libertad al pueblo» no podía escapar a la acción devastadora de la lucha de clases. Estaba dividido en tantas tendencias como fuerzas políticas lo reclamaban desde el exterior. Por el momento, estaba dominado por la corriente radical.

Espoleados por el sabotaje económico de los capitalistas y las conspiraciones reaccionarias, conmovidos por lo razonable de las reivindicaciones populares, deseosos de ser consecuentes hasta el final con sus promesas democráticas, los oficiales progresistas se desplazaron hacia la izquierda con cada combate que se vieron obligados a librar contra la derecha y los militares moderados. Estaban encantados de poder dar una lección a los monopolistas, terratenientes y grandes colonos que hasta entonces se habían burlado del 25 de abril. Pronto se hicieron con la hegemonía en las asambleas del MFA y se reconocieron borrachos como los protagonistas de una «verdadera» revolución. El fin del imperio colonial y del fascismo sería también el fin del capitalismo portugués.

Las nacionalizaciones y la intervención del Estado en las empresas, requisito objetivo para eliminar del sistema el peligro de quiebra, les parecieron la prueba de que habían entrado en plena revolución socialista. Declararon solemnemente la «opción socialista de la revolución portuguesa». Y como, obviamente, no podíamos avanzar hacia el socialismo con una Asamblea Constituyente dominada por partidos directamente burgueses, anunciaron, ante el indignado asombro del PS y del PPD, que «la democracia socialista no es un voto formal más nacionalizaciones, sino el poder popular».<sup>7</sup> Se lanzó la idea del «poder popular», que se convertiría en el eje de la lucha de clases en los meses siguientes.

---

7. *Boletín del MEA*, n° 17, 6 de mayo de 1975.

La euforia reinante no permitió a los oficiales progresistas darse cuenta de la falsedad paternalista de su proyecto, que se derivaba de este hecho tan prosaico: eran ellos quienes conservaban el mando de los soldados y el control de las armas y, por su voluntad soberana, se erigían en liberadores del pueblo. Decir que el MFA era «el pueblo armado» o que las Fuerzas Armadas estaban en vías de convertirse en un Ejército Popular no era más que florituras retóricas.

En realidad, las comisiones de «poder popular» que se reunieron más tarde bajo la benévola presidencia de los oficiales eran una continuación de las campañas de «dinamización cultural» que habían recorrido la provincia explicando a la gente lo que era bueno para ellos. Eran una reminiscencia sublimada de la «acción psicosocial» en África. Deseosos de rescatarse a sí mismos de la ignominia del colonialismo, los oficiales progresistas exultaban en la creencia de que estaban dando la liberación, esta vez de verdad, a su propio pueblo. No se dieron cuenta de que estaban, una vez más y en condiciones diferentes, ahogando una revolución.

Pero no todo era ingenuidad en el proyecto «socialista» del MFA. La sorda lucha entre las alas izquierda y derecha del Movimiento fue arbitrada por el bloque central «gonçalvesista», que había aprendido en meses de gobierno a defenderse de las masas y a desconfiar de sus impulsos destructivos. La teoría del MFA como «motor y garante de la Revolución», reafirmada por Vasco Gonçalves el 7 de abril, fue saludada como la decisión de no entregar el poder a la socialdemocracia. En realidad, expresaba ya en embrión la doble lucha en la que se empeñaría el CDR: imponer reformas democráticas estructurales contra la resistencia de la socialdemocracia y de la derecha; pero también mantener bajo control los impulsos anárquicos de la calle.

Las imprevistas iniciativas de los trabajadores, a los que nada parecía poder satisfacer, la insolente negativa de los grupos de extrema izquierda a firmar el Pacto, las «poco realistas» exigencias de expropiación de fortunas y de enjuiciamiento de los anteriores gobernantes y matones, la «provocadora» exigencia de abandonar la OTAN, la «falta de respeto» que empezaba a contagiar a los soldados, fueron golpes para la confianza de Vasco Gonçalves en el espíritu cívico del pueblo.

Los dos meses siguientes vieron madurar rápidamente esta actitud. A la derecha, el PS, apoyado por enormes mítines y manifestaciones, se mostró cada vez más audaz a la hora de exigir el escaño para el que había sido elegido. A la izquierda, los comités de trabajadores y de residentes creaban conflictos y un alboroto permanente con sus insaciables demandas, ajenos al estado catastrófico de la economía.

Para colmo, el ELP hacía su aparición pública y los pides escapaban de la cárcel, mientras Otelo, siempre impulsivo, declaraba que hubiera sido mejor que el 25 de abril los contrarrevolucionarios hubieran sido puestos contra la pared o en Campo Pequeno.

La necesidad de encontrar un partido que sirviera de apoyo político para navegar gradualmente hacia el «socialismo», evitando los escollos de la reacción y la revolución, comenzó a imponerse al CDR. Ante la inviabilidad de la idea inicial de apoyar al MDP como gran frente unitario al servicio del MFA y sin perspectivas de ver materializado el proyecto de un nuevo partido de la izquierda socialista<sup>8</sup> la mayoría del CDR tuvo que optar por el apoyo al PCP. A pesar de todos los inconvenientes que ello conllevaba (miedo al comunismo, repliegue del capital, hostilidad de la OTAN), el PCP era la única fuerza capaz de encuadrar el movimiento de masas y ya había demostrado su «responsabilidad».

## El mito del «golpe de Praga»

Nada más lejos de la realidad que la acusación de que el PCP intentó, tras el 11 de marzo, «quemar etapas» e imponer una democracia popular en Portugal. Decir que Cunhal intentó «seguir estrictamente los pasos» de los Partidos Comunistas de Europa del Este<sup>9</sup> o atribuir la ruptura del bloque militar en agosto a la manipulación y distorsión de los movimientos sociales populares por parte del PCP<sup>10</sup> es verdaderamente injusto.

---

8. César Oliveira, uno de los principales ideólogos del MFA en aquella época, expuso en una serie de artículos los objetivos programáticos que debería tener este partido.

9. João Martins Pereira, *O socialismo, a transição e o caso português*. Ed. Bertrand, 1976, p. 190.

10. Boaventura Sousa Santos, «A crise e a reconstrução do Estado em Portugal (1974-1984)». *Revista Crítica de Ciências Sociais*, n° 14, noviembre de 1984, p. 19.

En realidad, Álvaro Cunhal ya no sabía si alegrarse o alarmarse por la imparable marcha de los acontecimientos. Todos sus objetivos, que habían sido planeados durante un largo periodo de la historia, se estaban realizando a un ritmo acelerado, de forma tumultuosa y temeraria.

La impaciencia y la temeridad de las masas, que escuchaban con facilidad las incitaciones «izquierdistas», amenazaban con romper el delicado equilibrio que exigía el proyecto de la «Revolución Democrática y Nacional». Las acciones en *República* y Rádio Renascença fueron una provocación gratuita al PS y a la Iglesia. El torrente incontrolable de comisiones suplantó a las direcciones sindicales y de los ayuntamientos, que habían sido conquistadas en una ardua lucha como pilares del nuevo poder democrático. El ingenuo entusiasmo del ala izquierda del MFA, y sobre todo de COPCON, por el poder popular («el pueblo siempre tiene razón», declaraba entonces Otelo) dio rienda suelta a la anarquía y acentuó peligrosamente el retroceso de los militares moderados. A principios de julio, el Consejo de la Revolución estaba a punto de disolverse.

Lo peor era que el PCP, si preveía el peligro fatal de la desunión de las fuerzas democráticas, también preveía el peligro de ver huir hacia la izquierda a amplios sectores del proletariado de las regiones de Lisboa, Alentejo y Oporto. La jornada laboral de la Intersindical del 10 de junio se había vuelto ridícula. El 4 de julio, la industria siderúrgica salió a la calle, ajena a las dramáticas advertencias de que aquello podía ser un pretexto para un golpe fascista. Muchos de los militantes del partido, molestos por encontrarse a la cola del movimiento en todo momento, empezaban a flaquear en su lucha contra el «izquierdismo».

Por lo tanto, era necesario afinar la táctica para intentar lo que ningún otro partido habría podido hacer: *combinar en la misma dinámica el ascenso de los trabajadores y el retroceso pequeñoburgués*. Esto es lo que dio sentido a la política del PCP en el verano de 1975 y no el plan de un imaginario «golpe de Praga».

La acusación, lanzada por el PS para galvanizar a la pequeña patronal y a las clases medias de las ciudades (y también para estimular el compromiso más directo de los norteamericanos), presentaba como prueba la insaciable ocupación de puestos por cuadros del PCP – en los medios de comunica-

ción, en el aparato económico del Estado, en la 5ª División. La verdad, sin embargo, es que la posibilidad de un golpe «comunista» estaba descartada desde el principio por el lugar que ocupaba Portugal en la OTAN. Cunhal lo sabía incluso antes de ir a Moscú a conferenciar con Brezhnev.

Alarmado por la tendencia de la alianza Pueblo/MFA a desintegrarse en facciones antagónicas, el PCP trató de ganar influencia en todos los niveles del aparato: persuadir a la burguesía liberal para que colaborara, disuadir a la burguesía reaccionaria de las tentaciones golpistas y evitar que los trabajadores se embarcaran en «aventuras». La lección reciente de Chile, para Cunhal, no fue evidentemente el fracaso estrepitoso de la táctica reformista en una fase de crisis revolucionaria, sino la necesidad de perfeccionar esta táctica. Chile nos enseñó que era necesario tomar más medidas preventivas contra un giro imprevisto a la derecha o una explosión de «izquierdismo». Por un momento, pareció que tendría éxito.

## Socialismo tutelado

Julio comenzó con un nuevo salto del PREC (el «proceso revolucionario en curso»), cuando la Asamblea del MFA institucionalizó, tras una dura lucha interna, la alianza Asamblea Popular/MFA como base para la construcción del socialismo. Los militares concedieron a las Asambleas Populares el derecho a compartir el poder y reconocieron a las organizaciones unitarias de base como «embriones de un *sistema de democracia directa*», relegando al parlamento a un segundo plano. El MFA se convirtió en la fuerza motriz de la alianza Pueblo/MFA, la «fuerza motriz de la Revolución».

La convicción de que el MFA había roto definitivamente con la socialdemocracia desencadenó una explosión de entusiasmo. El día en que el PS abandonó el gobierno, una enorme manifestación del Inter se dirigió a Belém para aclamar al Consejo de la Revolución y a Vasco Gonçalves. Una manifestación similar tuvo lugar unos días después en Oporto. El TAP suspendió la huelga en señal de buena voluntad. En el Alentejo, se rompieron los últimos diques que aún frenaban la ocupación masiva de las fincas. Las cooperativas y las UCP, además de las nuevas nacionalizaciones, el control de la gestión, las Asambleas Populares... — ¿qué más hacía falta para creer en

la realidad del socialismo? Además, ¿el sucesivo reconocimiento de la independencia de las colonias no demostró la buena fe del CDR y su capacidad para acabar también con la pesadilla de Angola, alejando el peligro de una explosión reaccionaria chovinista?

La avalancha de ilusiones en un socialismo redentor permitió al boletín del MFA enumerar, entre las «clases trabajadoras interesadas en avanzar hacia la revolución socialista», a «pequeños y medianos agricultores, comerciantes, industriales, funcionarios, intelectuales, técnicos». <sup>11</sup> ¡Todo un país formado por «clases trabajadoras» dispuestas a marchar hacia el socialismo!

Sin embargo, no era difícil ver la sospechosa incoherencia del Programa de Acción Política del CDR bajo la arrolladora demagogia del «motor de la Revolución». Se «olvidaba» de definir cómo funcionaría la «democracia directa» en los cuarteles, especificaba que «no se admitirán organizaciones civiles armadas» y prometía reprimir por igual las actividades contrarrevolucionarias y el «izquierdismo pseudorrevolucionario», contra el que incluso admitía el recurso a la «acción armada». La represión de las turbias maquinaciones del MRPP «maoísta» podría servir de precedente para una verdadera persecución de la izquierda en caso de necesidad.

Los militares eran conscientes del riesgo de este nuevo paso «irreversible» hacia el socialismo. Ofreciendo un poder ficticio a las Asambleas Populares, esperaban relajar de nuevo la presión de la calle y recuperar margen de maniobra para hacer frente al PS y a las campañas de la derecha. Pero sin perder el control de la situación. «Es urgente insertar los órganos populares en la alianza Pueblo/MFA», advirtió la 5ª División, «para impedir su desarrollo anarquizante o aventurero». El ascenso paralelo de la izquierda y de la derecha no tardaría en echar por tierra las buenas intenciones de los socialistas militares.

---

11. Boletim do MFA. 25 de julio de 1975.

## La «muralha de aço»<sup>12</sup>

La resaca del «poder popular» no se hizo esperar. El PS, en la oposición, sacó al PPD del gobierno e inició una gran demostración de fuerza. Enormes manifestaciones en Antas y Alameda los días 18 y 19 de julio demostraron la base de apoyo del «socialismo democrático». Ya no se podía fingir que la oposición al CDR era obra únicamente de nostálgicos del antiguo régimen. El PCP pagaría caro intentar impedir estas acciones mediante barricadas, como si fueran una mera repetición de la «mayoría silenciosa» del 28 de septiembre.

No había exageración en las denuncias de Cunhal sobre una escalada reaccionaria orquestada. Los asaltos e incendios del ELP estaban vinculados a las manifestaciones católicas, a la agitación promovida por las confederaciones patronales, a la ofensiva separatista en las Azores<sup>13</sup> y a la febril conspiración de los colonos en Angola, dispuestos a todo para salvar sus propiedades de la independencia. Pero el ataque general de la derecha se realizaba ahora, a diferencia del año anterior, al amparo de un gran movimiento de masas de la pequeña burguesía y en nombre de la defensa del «verdadero espíritu del 25 de abril». Ya no se podía ocultar que la «revolución de abril» se había escindido en dos ramas antagónicas.

El PCP, sin embargo, respiraba una confianza inquebrantable en la Revolución. La ocupación del Alentejo por la oleada de asalariados rurales, el Congreso Intersindical presidido por Costa Gomes y Vasco Gonçalves, la nacionalización del grupo CUF, ¿no eran pruebas de la victoria? Cunhal triunfó en mítines delirantes. Demostró a quienes habían sospechado de su timidez que todo llegaría a su debido tiempo. La idea de que estaban en marcha conquistas «irreversibles» y de que el partido avanzaba imparable hacia el poder («en alianza con los militares revolucionarios, los demócratas y los patriotas») embriagó a la base proletaria del PCP.

---

12. En castellano, muro de acero, el apodo político de Vasco Gonçalves, uno de los principales políticos con influencia en el MFA y del PCP. (N. del T.)

13. El separatismo en Portugal, aunque no tenga ninguna relevancia actual, tuvo su momento histórico con conexiones a la extrema derecha en los Azores y en Madeira. (N. del T.)

Una espesa tradición de reformismo crónico oscurecía la imagen real de la lucha de clases. Estaban convencidos de que todos estos avances, a la sombra del AMF y del respeto al capital extranjero y a la OTAN, formaban un astuto plan revolucionario para robar una a una las bases de apoyo de la burguesía, hasta dejarla en el aire, sin asustarla con excesos «irresponsables», como hacía la extrema izquierda.

Fue esta ilusión de que estaban haciendo una revolución «a golpes» lo que llevó a los trabajadores más militantes del PCP a alinearse fervientemente con la «batalla de la producción», a aclamar los discursos lacrimógenos de Vasco y a minimizar la fuerza de masas del PS. No se dieron cuenta de que al ponerse en manos de los «militares revolucionarios» e instalarse en el aparato del Estado en lugar de desmantelarlo, su partido les conducía a una derrota segura.

## **COPCON y el poder popular**

En julio, la extrema izquierda empezó a abrirse hueco en el callejón sin salida al que había llegado la crisis política. A medida que la amenaza derechista y la incapacidad del PCP se hacían más evidentes, amplios sectores de la vanguardia obrera y popular se volcaron en las consignas de la izquierda revolucionaria. Empezaron a reconocer la exactitud de sus denuncias de las trampas de la Alianza Popular/MFA y la necesidad de una lucha más radical.

Las manifestaciones del 16 y 18 de julio (Lisboa y Oporto) y, sobre todo, la del 20 de agosto, promovidas por comités de vecinos y obreros y apoyadas por contingentes de soldados, pusieron en primer plano la aspiración a una unidad popular renovada, por encima de la división que se había creado entre los bloques del PS y del PCP. Sus consignas centrales eran la realización del poder popular y pasar a la ofensiva contra la derecha. Su documento programático, la Propuesta de Trabajo de COPCON, publicado en agosto, pretendía ser una alternativa al V Gobierno y al Documento de los Nueve.

Sin embargo, había muy poca convicción en esta demanda de poder popular. Los comités de vecinos y obreros (este último ya neutralizado en gran medida por la influencia moderadora del PCP) habían recorrido un largo camino desde el año anterior, pero estaban lejos de querer tomar realmente el

poder. Rodeaban a las instituciones como órganos de reivindicación, presión y vigilancia, pero no se atrevían a sustituirlas.

Carecían de la fuerza para hacerlo. De ninguna manera se había alcanzado un marco político en el que las comisiones, apoyadas por cuerpos armados, pudieran tomar el poder por la fuerza. Por esta razón, el objetivo político difuso que inspiró las manifestaciones por el poder popular y la articulación de las comisiones en Asambleas Populares seguía siendo intentar encontrar esa fuerza en las unidades de COPCON. En esencia, la corriente del «poder popular» se limitaba a intentar revitalizar y «revolucionar» la alianza Pueblo/MFA, *haciendo despegar, mediante la presión de las masas, una nueva ala izquierda del MFA*. La lógica democrático-revolucionaria pequeñoburguesa, incluso llevada al límite, no podía transformarse en una lógica proletaria, soviética. Habría sido necesaria la intervención masiva de la clase obrera dirigida por un partido comunista que no existía.

Esta *timidez* tenía sus raíces en la confusa base social de la corriente del «poder popular»: sectores obreros avanzados que se fusionaban con residentes pobres, estudiantes, pequeños comerciantes arruinados, intelectuales de izquierdas... toda una masa popular amorfa sin columna vertebral de clase. Esto se reflejó en la polvareda de grupos políticos que se disputaban el liderazgo, ninguno de ellos capaz de hacerse con la hegemonía: maoístas, socialistas de izquierdas, trotskistas, anarquistas.

A falta de una fuerza política dirigente, el movimiento se vio abocado a buscar en el prestigio popular de Otelo la coherencia unificadora de la que carecía. Pero Otelo no era más que el intérprete vacilante de un movimiento vacilante. Intentó maniobrar entre los ataques que le lanzaban los Nueve y los Gonçalves, el PS y el PCP, en busca de un espacio político que nunca encontró. En más de una ocasión, sus oscilaciones le llevaron a acercarse a los Nueve. Su decisión conciliadora de reintegrar a Jaime Neves, que había sido saneado por los soldados de los comandos, iba a resultar fatal.

La corriente del «poder popular» carecía de táctica porque no tenía un verdadero proyecto de poder. Se apresuró tanto a apoyar los ataques del PCP contra el PS como los ataques del PS contra el PCP, lo que la llevó a la desintegración. Si, en lugar de denunciar al V Gobierno como un «gobierno

títere», hubiera sido capaz de enunciar las condiciones de una lucha común contra el PS y la Nueve, sin duda habría movilizado a una buena parte de las masas que se aferraban desesperadamente al PCP y al «gonçalvismo». Así pues, la lucha se limitó de hecho a la disputa entre el PCP y el PS.

## Impotencia en el poder

Al fracasar las negociaciones para un nuevo gobierno de coalición, agosto fue el momento de una febril lucha por el apoyo de las masas a cada uno de los diversos programas para salir de la crisis. Frente a frente estaban el Quinto Gobierno, que apostaba por prolongar la alianza Pueblo/MFA, y el Documento de los Nueve, partidario de una transición a la «normalidad democrática». Pronto quedó claro que la tercera vía defendida por COPCON con su Propuesta Laborista no tenía fuerza para triunfar.

Cualquiera que contara el número de manifestantes y de mociones de apoyo a cada una de las corrientes se inclinaría a atribuir la victoria al V Gobierno. El Documento de los Nueve fue repudiado y éstos fueron suspendidos del Consejo de la Revolución. Vasco Gonçalves produjo un aluvión de leyes «socialistas» e intentó encender a las masas con discursos sobre la «batalla por la producción». El PCP le garantizó su apoyo con los Comités de Defensa de la Revolución. En *Século*, Miguel Urbano Rodrigues pidió «un gobierno que gobierne» y que se acelere la «creación del Poder Revolucionario».

En realidad, las aclamaciones al «camarada Vasco» movilizaron a las multitudes, pero no pudieron compensar la impotencia real del V Gobierno. Con las masas obreras desencantadas por la hambruna y el paro, los campesinos exasperados por la falta de medidas de apoyo a la producción y la pequeña burguesía aterrorizada por el desorden, el V Gobierno sólo podría consolidar una base sólida de apoyo si adoptaba medidas políticas y económicas eficaces en beneficio de los trabajadores, a expensas de la burguesía, y las imponía por la fuerza.

Sólo pudo lograrlo en el caso de los asalariados rurales del Sur. En el conjunto del país, sus indecisiones, en lugar de desarmar la hostilidad del PS y de la derecha, como él esperaba, sembraron las semillas de la vacilación en

las masas e hicieron cada vez más audaz la ofensiva unitaria para derrocarlo. La fuerza mayoritaria desplegada por el centro de Gonçalves era ficticia. Apostar por estabilizar la lucha de clases en el punto al que había llegado era un puro suicidio.

Incapaz de dismantelar el ELP y las conspiraciones militares en ebullición, de asestar un golpe serio a los especuladores, a los jefes saboteadores, a los padralhada, de disolver la Asamblea Constituyente, el V Gobierno se reveló como un «tigre de papel».

Así lo entendieron los socialdemócratas, los liberales y los reaccionarios. El Documento de los Nueve y el Programa de Acción Inmediata del PS, que exigían el fin del «anarcopopulismo», de las «formas salvajes y anárquicas de ejercer el poder», de las «usurpaciones y el vandalismo» en el Alentejo y de la concentración de poder en la Asamblea Constituyente, galvanizaron a las masas burguesas y les permitieron atraer a su órbita a amplios sectores de campesinos pobres, asalariados y desempleados, deseosos de volver a la estabilidad. El PS y los Nueve contaban con una ventaja abrumadora: eran los únicos que presentaban un modelo de organización social, frente a la atonía del centro de Gonçalves y las indecisiones de la izquierda.

Entramos entonces en el penúltimo acto de la comedia revolucionaria. Bajo la fachada de proclamas cada vez más exaltadas, Álvaro Cunhal empezó a buscar una plataforma de compromiso con el PS y los Nueve. Las imponentes manifestaciones de finales de agosto en Lisboa y Oporto en apoyo del COPCON sirvieron de capital de negociación. El PCP se unió a las manifestaciones en el último momento, intentando orientarlas hacia el apoyo al V Gobierno. Luego fue más allá y se unió a algunos grupos de extrema izquierda en el llamado Frente de Unidade Revolucionaria (FUR). Los ingenuos e incorregibles se alegraron de este «paso decisivo» hacia la unidad de la izquierda. Tres días después, habiendo alcanzado un acuerdo básico con el PS sobre la distribución de fuerzas en el futuro gobierno, Cunhal negó cualquier apoyo al FUR y llamó a una conciliación entre las tres tendencias del MFA. Ese fue el final del V Gobierno.

A partir de aquí, se abrió el camino para el golpe de Tancos y la muerte política de Vasco Gonçalves. Los Nueve se hicieron con el control del Con-

sejo de la Revolución y puso fin a las asambleas subversivas del MFA. El PS redobló sus ataques contra el movimiento popular. El 25 de noviembre estaba en marcha. Ni siquiera la extrema izquierda podía interponerse en su camino.

## Una extrema izquierda moderada

Ha sido fácil ridiculizar a los grupos de extrema izquierda por la desproporción entre sus reivindicaciones radicales y la escasez de sus fuerzas. Habría que concluir, por el contrario, que fue la moderación de sus propuestas políticas lo que les impidió hacerse con el liderazgo del movimiento en el verano del 75.

Todo lo que los grupos habían hecho positivamente por el movimiento en los meses anteriores, aportándole ideas nuevas y avanzadas, enseñándole el antiimperialismo militante, imponiéndose saltos adelante, destrozando el bronco conformismo legalista y sindicalista del PCP, tenía que elevarse a un nuevo nivel que no se atrevían a abrir.

De hecho, a pesar del radicalismo exasperado de su lenguaje, el arsenal estratégico de los grupos no tenía ninguna respuesta coherente al cerco de la revolución establecido por el duelo entre las dos alas pequeñoburguesas agrupadas en torno al PS y al PCP.

Si excluimos el ala derecha de la corriente maoísta (MRPP, PCP-ML/AOC), que había ido evolucionando con su rabioso «antisocialfascismo» como reserva del PS y de la reacción (el OCMLP también tomó este camino a partir del verano) y el ala izquierda socialdemócrata (FSP, LUAR, LCI), que se limitó a flotar en la estela del PCP y del Consejo de la Revolución, las fuerzas que constituían la extrema izquierda propiamente dicha (UDP, PRP, MES) no fueron más allá de la búsqueda de un imposible arreglo popular-militar.

La UDP, por ejemplo, una de las fuerzas más influyentes de la izquierda revolucionaria de la época, intentó responder a la nueva situación con la propuesta de un «Gobierno de Independencia Nacional, en alianza con el Tercer Mundo», en un claro intento de ganarse el apoyo de una parte de la

pequeña burguesía. La verdad es que la UDP empezaba a retroceder ante la perspectiva de un enfrentamiento: por eso hizo campaña contra el «aventurismo», por la atracción de las clases medias y por la «unidad del pueblo contra el fascismo», cuando lo que estaba en juego era avanzar o no hacia el derrocamiento de la burguesía. Esta es también la razón por la que su breve agitación a favor de las milicias populares no se llevó a la práctica. La UDP acabaría lógicamente en la defensa impotente del «no a la guerra civil» de octubre.

La proclamación de la revolución socialista anunciada por el PRP y su iniciativa de crear comités revolucionarios (CRTSM), incluidos algunos armados, sonaban más radicales. Pero su primitivismo político, formado en la escuela de la acción directa, no dio al PRP la fuerza necesaria para ganarse a sectores significativos del proletariado. Lo único que consiguió fue un cuerpo de brigadas que giraba en torno a los cuarteles y unas pocas asambleas populares, tan tumultuosas como indecisas. Al final, su revolucionarismo «activo» fue tan impotente como los llamamientos unitarios del UDP. Por no hablar del MES, que eludió las tareas revolucionarias con una aberrante combinación de «socialismo militar» y «revolución cultural».

La raíz de esta capitulación fue la línea centrista, maoísta-estalinista en la que se tradujo el marxismo-leninismo de los grupos comunistas. Su perspectiva de una revolución democrático-popular ya no tenía nada que ofrecerles en el punto al que había llegado la lucha de clases. Se basaba en la esperanza de una alianza obrero-campesino-burguesa que la vida estaba demostrando que era inviable. Fue esta falta de estrategia revolucionaria lo que les impidió sacar del PCP al grueso de la vanguardia obrera y construir el nuevo Partido Comunista que reconocían como su principal tarea.

Por su parte, la corriente «antiestalinista», que abarcaba desde el PRP hasta el MES y los trotskistas, condensaba todos los prejuicios de la socialdemocracia de izquierdas: una fe mística en la «autoorganización de las masas» y en los órganos del «poder popular», como si pudieran convertirse espontáneamente en el partido dirigente de la revolución; un coqueteo con los oficiales revolucionarios como clave para conquistar el poder; y una incapacidad absoluta para diferenciar entre los intereses del proletariado y los

de la pequeña burguesía. El resultado fue el pragmatismo invertebrado que les llevó a la trampa del FUR.

En una palabra, la extrema izquierda nunca fue más que *la extrema izquierda de las ilusiones de abril*. Estaba condenada a asistir impotente al 25 de noviembre.

## La pequeña burguesía no vaciló

En el verano del 75, se trataba de saber si la clase obrera era capaz de afrontar el desafío que la historia le presentaba inesperadamente: reconocer la muerte del MFA, una vez agotada la tarea democrática que le había dado origen, y llevar audazmente la confrontación a un nivel superior: por las nacionalizaciones, por la reforma agraria en todo el país, por el castigo a los contrarrevolucionarios, por la solución de la crisis económica – todo el poder a los comités de obreros, soldados y residentes, disolución de la Asamblea Constituyente, formación de un gobierno revolucionario, armamento del pueblo, control obrero, expropiaciones sin indemnización, ruptura con la OTAN.

Para mantenerse, los logros de abril debían llevarse mucho más lejos. El propio desarrollo de los acontecimientos demostró que no había lugar para ninguna «revolución democrática y nacional», «revolución socialista de todo el pueblo» o «revolución democrático-popular», todas ellas imaginadas sobre la base de un imposible bloque unido obrero-campesino-burgués. Los hechos demostraron que la revolución sólo se haría realidad si rompía el capullo de la alianza Pueblo/MFA y adquiriría la envergadura de una lucha definitiva de los productores contra los explotadores, de los soldados contra los oficiales, de los comités contra las instituciones, en resumen, una revolución del proletariado contra la burguesía, una revolución socialista.

¿Podría esta revolución triunfar sobre la amenaza de la guerra civil y el asedio y la invasión imperialistas? Uno puede dudarlo. Pero no cabe duda de que ésta era la única revolución que quedaba por hacer. Fuera de ella, sólo quedaba lo que realmente quedaba: la reorganización del orden burgués.

Si la revolución era o no posible no era una cuestión que pudiera responderse de antemano. Dependía de la capacidad del proletariado para tomar las riendas de los acontecimientos, dispuesto a vencer a toda costa, y en el proceso arrastrar a su lado a las grandes masas semiproletarias y arrebatar a la pequeña burguesía su margen de maniobra.

Esta situación nunca llegó a producirse. Sobre todo porque el proletariado carecía de un partido revolucionario, comunista, capaz de asumir y hacerse reconocer como la dirección política de la revolución. Esta es, por supuesto, la conclusión inmediata que todo marxista debe sacar. Pero hay que ir más lejos y preguntarse por qué este partido no se formó, ni siquiera como embrión, en una situación tan favorable, que no sólo favorecía sino que exigía su aparición.

Y aquí llegamos a la cuestión clave de las relaciones políticas entre el proletariado y la pequeña burguesía. Mientras el proletariado avanzaba a tientas hacia la revolución, la pequeña burguesía, dividida en un arco iris de colores, intentaba bloquear su camino. Criticar las «vacilaciones» de la pequeña burguesía, como se hace habitualmente, no deja de ser una forma de pasar por alto la realidad. La pequeña burguesía nunca ha vacilado en lo que era esencial para la sociedad establecida, que era salvar al Estado.

Esto era evidente con respecto a la masa pequeñoburguesa alineada detrás del PS y de la derecha contra la «anarquía». Pero ya no estaba claro para la fracción radical de la pequeña burguesía, precisamente por su comportamiento pseudorrevolucionario. Guiada por el instinto seguro de que lo más vital era mantenerse cerca de las masas revolucionarias para evitar trastornos irreparables, la pequeña burguesía de «izquierda» montó un fraude político de grandes proporciones.

Todas las reivindicaciones revolucionarias de los obreros y del resto de la clase obrera han sido vaciadas por ella en eslóganes fantasiosos: la alianza Pueblo/MFA en lugar de la alianza de obreros, campesinos pobres y soldados; el «poder popular» bajo la tutela de los cuarteles en lugar del auténtico poder popular; la «batalla de la producción» en lugar de la expropiación de la burguesía; el respeto de los compromisos internacionales en lugar de la

salida de la OTAN; la unidad popular en lugar de un partido obrero revolucionario; la «transición al socialismo» en lugar de la revolución violenta.

Frente al bloque del orden, comandado por la burguesía, fuerte en el apoyo imperialista, se alinearon las huestes descarriadas de un «ejército» obrero-popular-no burgués, cuyas energías se agotaron en manos de patronos prestamistas más temerosos de la victoria que de la derrota.

En lugar de que el proletariado pusiera a la pequeña burguesía contra la pared y la obligara a elegir entre dos campos, fue la pequeña burguesía la que se erigió en árbitro de la crisis. El resultado estaba fijado de antemano. Ni siquiera hubo batalla.

Hoy, diez años después, está claro que la misión histórica de la pequeña burguesía «revolucionaria», agrupada en el PCP y en el ala gonzalvesca del MFA, era *promover la transición del difunto régimen fascista-colonialista a la democracia burguesa*, alejando el peligro de una revolución. Cosa que hizo con éxito.

Naturalmente, una vez cumplida esta misión, la pequeña burguesía «revolucionaria» fue expulsada sin contemplaciones del poder que le habían delegado provisionalmente las fuerzas del Capital. Álvaro Cunhal, Vasco Gonçalves y Costa Gomes tienen buenas razones para sentirse víctimas de una injusticia histórica. Su servicio a la «democracia» nunca les será reconocido.

Les queda un consuelo. Su sabotaje de la revolución pudo permanecer oculto a los ojos de las masas gracias a la incoherencia y debilidad de la izquierda revolucionaria. Al caer ante el ultimátum de la derecha y no dejarse superar por la izquierda, el V Gobierno se santificó con un engañoso halo revolucionario que permanece hasta hoy en la mente del movimiento obrero. No es de extrañar la crisis ideológica en la que se encuentra: todo el significado de la lucha de clases del 75 permanece oculto para él.

Dejar claro el antagonismo de intereses entre el proletariado y la pequeña burguesía de «izquierda» es, después de todo, la lección de abril que queda por aprender. Admitir o no la necesidad de que el proletariado se libere de la hegemonía pequeñoburguesa como cuestión central de la lucha de clases

Francisco Martins Rodrigues

nacional es lo que, en última instancia, distingue al marxismo revolucionario del reformismo.

## II. 25 de noviembre: la izquierda acorralada

El 25 de noviembre fue, a su manera, tan original como el 25 de abril. Si la «Revolución de los Claveles» se había distinguido por derrocar al fascismo sin combates ni víctimas, el golpe militar que la puso fin no parecía querer superarse en caballería. La represión, limitada a los militares, fue relativamente suave, el Consejo de la Revolución permaneció en funciones, la legalidad democrática se restableció rápidamente y el PCP, que había sido acusado de intentar una insurrección, permaneció en el gobierno. Cinco meses después del golpe, el país estaba dotado de una constitución avanzada, «en el camino hacia una sociedad sin clases»... Todo funcionó como si a media revolución le correspondiera media contrarrevolución, a media comedia otra comedia.

Esta singularidad no puede explicarse, por supuesto, por la «naturaleza pacífica» de los portugueses. Los pueblos africanos pueden dar fe de ello. Tiene que ver con el equilibrio original entre las clases creado durante la crisis revolucionaria, que dio paso, en la sugerente expresión de Boaventura Sousa Santos, a una dualidad de impotencia más que a una dualidad de poder.<sup>14</sup> El 25 de noviembre fue suave porque la contrarrevolución no tenía mucha energía, pero también porque no había mucha revolución que destruir.

Durante largos meses, el movimiento popular, impulsado por la clase obrera y el proletariado rural, y el movimiento conservador de la burguesía se agotaron en escaramuzas inciertas, incapaces de inclinar la balanza decisivamente a favor de uno de los bandos. Si en pleno «verano caliente» la revolución parecía a punto de ganar la partida, la ventaja era ilusoria porque el aparato del Estado, aunque paralizado, permanecía intacto y las masas no tenían la fuerza para asaltarlo.

Los tres meses finales de la crisis, entre el pronunciamiento de Tancos y el 25 de noviembre, tuvieron como telón de fondo precisamente la disputa sobre las tropas por parte de la corriente popular. Pero incluso en esta fase clásica del desenlace de todas las crisis revolucionarias, la impotencia fue el rasgo definitorio por ambas partes. Hasta que la burguesía, dirigida por el

14. Boaventura Sousa Santos, *ibid.*, p. 21.

PS, el PPD, el CDS y el ELP, y alentada por los estadounidenses y los alemanes, reunió la fuerza necesaria para poner fin al enfrentamiento.

¿Cuál fue la raíz de la impotencia de la «izquierda» en el otoño del 75? Esta es quizás la pregunta más importante a la que deben responder los marxistas portugueses. En lo que a nosotros respecta, nació de la división que desgarró la corriente revolucionaria popular. El proletariado, verdadero motor de los acontecimientos, estaba tan estrechamente entrelazado con la pequeña burguesía democrática que no podía desprenderse de su dirección política. Sin embargo, los intereses de unos y otros eran abiertamente antagónicos en aquel momento. Para realizar sus objetivos, el proletariado necesitaba entablar una lucha armada por el poder; la pequeña burguesía de «izquierda» le ofrecía una amplia variedad de tácticas en nombre de la evolución, todas ellas con una característica común: mantener el poder fuera de su alcance. De ahí la impotencia.

Que no se trata de una tesis marxista «dogmática» lo demuestran los conflictos y alianzas entre los protagonistas de la izquierda en esos tres meses de agonía del PREC: el PCP, los «gonçalvistas», el grupo de COPCON, la extrema izquierda.

La caída del V Gobierno, primer estertor de la revolución, puso de manifiesto las diferencias tácticas entre el PCP y el «gonçalvismo», diferencias que el PS y la derecha se obstinan en ignorar por conveniencia y la izquierda «marxista-leninista» por miopía.

Según el testimonio desprevenido de uno de sus miembros, al V Gobierno se le encomendó la tarea de tomar medidas económicas de emergencia, que «al implicar sacrificios para los propios trabajadores, se harían necesariamente impopulares. Sólo un gobierno que mereciera la confianza de los trabajadores podría conseguir que éstos las aceptaran sin una fuerte reacción».<sup>15</sup> Se trataba de apaciguar el descontento de la burguesía a costa de los trabajadores y, en este sentido, no había diferencias entre Vasco Gonçalves y el PCP.

---

15. J. Teixeira Ribeiro, Introducción a los *Discursos, conferências, entrevistas de Vasco Gonçalves*. Ed. Seara Nova, 1976. p. 10.

Pero el cálculo se vio comprometido desde el principio por la repentina aparición del Documento de los Nueve. A partir de ese momento, empezó a surgir un discreto pero cada vez más profundo desacuerdo entre Vasco Gonçalves y Cunhal. El primero creía, con su impulsividad un tanto obtusa, que podía hacer frente al desafío de Melo Antunes y avanzar con el «poder revolucionario». Pero el secretario general del PCP, para quien la unidad de los «demócratas militares» era una cuestión de fe, comprendió inmediatamente que debía abandonar la trinchera.

Así, mientras Vasco Gonçalves obtenía del Consejo de la Revolución la suspensión de los Nueve «rebeldes», el CC del PCP esperaba «recomposiciones, reajustes o reconsideraciones que pudieran aumentar la eficacia del gobierno y ampliar la base de apoyo social y político al poder».<sup>16</sup>

El cálido e «inquebrantable» apoyo del PCP al gobierno durante el turbulento mes de agosto fue en parte forzado –la base proletaria del partido no entendería otra actitud– y en parte calculado – con este apoyo el partido estaba en mejor posición para negociar una plataforma con los Nueve.

Las motivaciones del PCP en esta coyuntura se expresaron con franqueza sólo un año después, en el informe del CC al VIII Congreso: «El PCP ha llamado repetidamente la atención sobre los peligros de formar un gobierno de este tipo sin resolver la situación en el MFA».

Tras ello, el PCP insistió en la necesidad de un «cambio de actitud de la izquierda militar [es decir, de los «gonçalvistas»] hacia el acercamiento y el entendimiento entre los diversos sectores del MFA, en particular la izquierda y los Nueve».<sup>17</sup>

Finalmente, el 28 de agosto, ante la inminencia de un desastre que V. Gonçalves se negaba obstinadamente a admitir, el PCP decidió desautorizarlo, renunciando al FUR y lanzando una propuesta de negociación pública al PS y a los Nueve. La propuesta –como dice Cunhal– «no fue bien recibida. La izquierda militar, preocupada en aquel momento por un acercamiento

---

16. Documentos políticos del CC del PCP, vol. 3, Ed. Avante, 1976. p. 71.

17. Álvaro Cunhal, *A Revolução portuguesa - o passado e o futuro*, Ed. Avante, 1976, p. 165.

a los izquierdistas, pensó que era un error permitir conversaciones con los Nueve y el PS, a los que los izquierdistas acusaban de fascistas».<sup>18</sup>

Con esta oferta de capitulación, el destino de la Asamblea de Tancos quedó sellado, y Vasco Gonçalves se marchó pocos días después, amargado por la derrota pero sobre todo por la traición de su aliado.

¿Cómo llegó Vasco Gonçalves a situarse a la izquierda del PCP? Lo curioso de su pensamiento político y lo que le separa de Cunhal es que se tomó muy en serio el mito de la «transición al socialismo» en el verano del 75. Con la cabeza calentada por lecturas revisionistas mal digeridas, el «camarada Vasco» creía firmemente que si la alianza Pueblo/MFA mantenía su rumbo, sería capaz de derrotar a toda oposición, ganándose pedagógicamente a la burguesía para su bando.

Como explicó con patética ingenuidad en el discurso de Almada, se abría la perspectiva «a la pequeña y mediana burguesía» de «ascender progresivamente a una sociedad sin clases, en la que disfrutarán exactamente de los mismos derechos que el resto de la población, por medios pacíficos. ... Así lo quieren entender».<sup>19</sup> ¡Ascender a la sociedad sin clases! – No había mejor manera de poner en pie de guerra a los jefes, a los propietarios y a los cuadros. Cunhal no tenía esa ingenuidad. Los caminos del PCP y de la «izquierda militar» pudieron parecer idénticos en aquel otoño febril de manifestaciones y proclamas. Pero correspondían a dos tácticas en disputa: la de una fracción pequeñoburguesa inexperta, que quería imponer el «socialismo militar» en confrontación con todos los sectores de la burguesía; y la de un cuerpo pequeñoburgués madurado en largas batallas políticas, que se consideraba el líder natural de la clase obrera y estaba dispuesto a buscar un camino más prudente.

Naturalmente, para ambos, el objetivo era desviar el curso de los acontecimientos de los dos desenlaces extremos que se cernían sobre ellos: el fascismo o la revolución proletaria. Por eso el PCP y los «gonçalvistas» estaban unidos, a pesar de sus diferencias, en la lucha contra la derecha y la lucha contra la izquierda.

---

18. *Ibid.*, p. 161.

19. Vasco Gonçalves, *op. cit.*, p. 367.

## El PCP y el «izquierdismo»

El juicio de Cunhal sobre el «izquierdismo» en el 8º Congreso de su partido no pudo ser más demoledor. «Fuerza complementaria y aliada eficaz de la reacción», «siempre ha buscado agravar los conflictos, provocar a las fuerzas armadas y militarizadas para que se volvieran contra el pueblo», ha buscado «desviar a las masas de sus objetivos y llevarlas a adoptar formas extremas de lucha que conducen a callejones sin salida», «monumental provocación de la UDP y otras fuerzas de izquierda» en el asalto a la embajada española, «gran provocación ante el Patriarcado», «siniestra contribución al debilitamiento político y militar del MFA», etc.<sup>20</sup>

Esta lista de acusaciones describe mejor los contornos de la «Revolución Democrática y Nacional» que todos los textos programáticos del PCP. Desde el punto de vista de Cunhal, no había forma de avanzar, por lo que cualquier cosa que agravara los conflictos era una provocación. Es con este tipo de razonamiento que el progresista en tiempos de paz se convierte en capitulador e incluso en reaccionario en momentos de crisis revolucionaria.

En 40 años de lucha abnegada por la democracia, Álvaro Cunhal había soñado con un gran PCP legal, representado en el parlamento y en el gobierno, respetado por su fuerza en los sindicatos, en los ayuntamientos y en la intelectualidad. Pero en el momento en que todo esto se logró, incluso por encima de sus mejores expectativas, el mundo pareció derrumbarse y una convulsión imprevista, poderosa e incontrolable puso todo en cuestión. En mítines y plenos se aclamaron consignas increíbles: ¡revolución socialista, control obrero, soldados del lado del pueblo, tribunales populares, milicias! Mário Soares era aplaudido como un fascista, los funcionarios democráticos eran desairados, todo estaba subvertido. Esta subversión le parecía el producto de las travesuras de los «izquierdistas». Se negaba a reconocerla como una creación del movimiento obrero, subiendo laboriosamente, uno a uno, los peldaños que le llevarían a la confrontación con la burguesía. Por eso consideró que la única política posible en septiembre-octubre era intentar a toda costa volver a una fase superada del movimiento, allanando el camino entre las tendencias extremas de la revolución y la contrarrevolución: desconectar a los Nueve de la derecha, incluso a costa de concesiones, desconectar

20. Álvaro Cunhal, *op. cit.*, págs. 171-176.

a los gonçalvistas de los izquierdistas y volver a unir las dos mitades en las que se había dividido el MFA democrático.

Pero precisamente porque se trataba de un retroceso, esta posición no era fácil de defender en el otoño del 75. Las masas obreras se orientaban hacia consignas «izquierdistas», que penetraban en las filas del PCP por mil canales. Toda la dinámica de la lucha empujaba a la base proletaria del partido más cerca de la extrema izquierda para dar la batalla a la derecha. Estos «izquierdistas», a los que nadie había tomado en serio, habían adivinado que no se podía confiar en el MFA, que la burguesía democrática iba a pasar al otro lado de la barricada y que había que pensar en tomar el poder.

El PCP se vio sacudido por una ola «sectaria», como confesaría más tarde Cunhal: «En ciertos momentos y en ciertos sectores, hubo un gran sectarismo y una cesión a la presión izquierdista», «hubo consignas y formas de lucha que no correspondían a las condiciones existentes», «servilismo», «triumfalismo», «la influencia izquierdista se dejó sentir en el asedio al VI Gobierno por parte de los discapacitados de las Fuerzas Armadas y de los obreros de la construcción», etc.<sup>21</sup>

La duplicidad de la que se acusó al PCP en aquellos meses, porque permaneció en el Sexto Gobierno haciendo llamamientos a la concordia, al tiempo que «decidía aliarse con la extrema izquierda» para la toma del poder,<sup>22</sup> Cunhal se vio obligado a luchar en dos frentes, negociando con el PS y los Nueve para evitar un enfrentamiento, pero siendo lo suficientemente duro para no dejar que los trabajadores cayeran en brazos de los «izquierdistas».

Hasta el último momento, la dirección del PCP siguió jugando con un arma de doble filo. Para no perder el contacto con el movimiento, tuvo que suavizar sus críticas al «izquierdismo» y radicalizar sus consignas: la salida del PPD del gobierno, el fortalecimiento de la representación de la izquierda en el poder civil y militar<sup>23</sup> y, finalmente, «la formación de un gobierno para

21. Álvaro Cunhal, *op. cit.*, págs. 168 y 383-384. Ver también *Documentos políticos del CC del PCP*, vol. 3, págs. 302-303.

22. Melo Antunes, entrevista con el *Nouvel Observateur*, 24 de noviembre de 1975.

23. Entrevista de A. Cunhal con el *Diário Popular*, 6 de noviembre de 1975.

defender la Revolución» (manifiesto del PCP del 22 de noviembre). Pero su estrategia permaneció invariable: impedir que las masas tomaran en sus manos la solución del enfrentamiento (esto es lo que pretendían con su dramático «no a la guerra civil») y utilizar las manifestaciones como presión sobre el Consejo de la Revolución y el Presidente de la República para lograr la «reunificación del MFA». La calle al servicio de las instituciones.

## Extrema izquierda y COPCON

En aquellos días, la corriente de izquierdas dijo muchas cosas correctas y tomó iniciativas no menos acertadas. Desintegrar la jerarquía del ejército, formar los SUV («Soldados unidos vencerán») y sacarlos a la calle, mantener la movilización y la vigilancia de las masas a través de sucesivas manifestaciones, reunir armas, asaltar la embajada española, mantener en funcionamiento Rádio Renascença, asediar al gobierno en S. Bento, denunciar al CDR como el «Consejo de la contrarrevolución» –todo esto era incuestionablemente correcto– y es necesario reafirmarlo hoy – porque servía a la acumulación de fuerzas revolucionarias por parte del proletariado. El problema de esta agitación no era que fuera «excesiva» o «provocadora», como acusó el PCP a raíz del campo de órdenes. Era precisamente lo contrario: era insuficiente.

Para que la iniciativa revolucionaria de las masas fuera arrolladora, sería necesario desprender a la base proletaria del PCP de su aparato dirigente. Las tácticas de la extrema izquierda fueron incapaces de ello porque no se dieron cuenta de que una ruptura interna en el seno del PCP era inminente.

En el FUR, entrelazado con el grupo COPCON, prevaleció una imagen del PCP como «el partido potencialmente revolucionario», debido a que agrupaba al grueso del movimiento obrero. Se esperaba que la presión de la izquierda llevaría finalmente a las bases a exigir un cambio político desde arriba. No se comprendió que reagrupar a la clase obrera en posiciones resueltamente revolucionarias significaba romper el PCP.

La otra rama de la izquierda (la corriente «marxista-leninista») hizo gran alarde de su ruptura «definitiva» con el revisionismo, pero fue igualmente incapaz de arrebatarle la dirección del movimiento. Su denuncia de la «sed de poder de los cunhalistas, al servicio del socialimperialismo ruso» se

confundía con la crítica socialdemócrata. Sus ataques indiscriminados a los militantes del PCP como «caciques» favorecieron la cohesión en lugar de la desintegración.

Sería necesario, con propuestas de acción obrera común, obligar a Cunhal a revelar su reformismo ante la clase; mostrar a los trabajadores que la estabilización unitaria por la que luchaba Cunhal era inviable y sólo daba bazas a la reacción; criticar al PCP, no como «socialfascista», sino como el partido reformista por excelencia, que confiscaba las aspiraciones revolucionarias de los trabajadores y las convertía, bajo la bandera del comunismo, en beneficio de la democracia pequeñoburguesa.

## **Proletariado y pequeña burguesía**

La extrema izquierda no supo explotar el conflicto latente entre el proletariado y la pequeña burguesía en las filas del PCP porque tenía miedo de enfrentarse a la gran batalla entre el proletariado y la pequeña burguesía que estaba teniendo lugar en la «izquierda» y en el país. No vio que el apoyo social a las maquinaciones de los Nueve, a los ataques del ELP y a las intolerables provocaciones del Sexto Gobierno lo proporcionaba el apoyo masivo de una pequeña burguesía exasperada que acudía en masa a los mítines y manifestaciones del PS, el PPD y el CDS, exigiendo el restablecimiento del orden.

De etapa en etapa, la lucha había llegado al punto de clarificarse: de un lado, el proletariado, las grandes masas de asalariados, los campesinos pobres, que necesitaban expropiar a la burguesía y, para ello, dismantelar el Estado; del otro lado, la burguesía, lanzando al frente a la pequeña burguesía, en defensa de la propiedad, el orden y la integridad del ejército; en medio, sirviendo de amortiguador, librando luchas dilatorias, el «guiso» obrero/pequeñoburgués del PCP, los «gonçalvistas», el MDP, etc.

La extrema izquierda retrocedía ante la agudeza de esta lucha de clases. El UDP navegó entre dos aguas. A partir de octubre, retomó del PCP la consigna «no a la guerra civil», afirmando que lo esencial era ganar tiempo para alcanzar a la izquierda. Sin embargo, en el punto al que había llegado la lucha de clases, la única forma de ganar tiempo no era con el coco des-

movilizador de la guerra civil, sino impulsando con más audacia la lucha de obreros, soldados y asalariados para desorganizar y retrasar el golpe reaccionario en preparación. Con su capitulante «no a la guerra civil», aderezada con improperios contra el PCP, la UDP sólo consiguió desmovilizar a sus propios adherentes.<sup>24</sup>

Los grupos del FUR, por su parte, experimentaban un vértigo insurreccional, que era la otra cara de la misma incapacidad revolucionaria. El MES ocultó bajo el lema de «unificar y armar el poder popular» la esperanza de que los cuarteles revolucionarios llevarían a los comités populares a derrocar al Sexto Gobierno y a formar un «gobierno de unidad revolucionaria». El PRP lo superó con su llamamiento a la insurrección armada, que no era más que un llamamiento a un golpe militar de izquierdas.

El mejor indicador de la indecisión de la extrema izquierda fue su actitud ante la cuestión del partido. Sin su propio partido, la vanguardia obrera se encontraba en una desventaja irremediable frente a las diversas fracciones de la burguesía y la pequeña burguesía, todas ellas organizadas en partidos fuertes. Había que organizarse, en una carrera contrarreloj.

Aparentemente, los grupos «m-b» estaban más avanzados que los demás en esta cuestión y pusieron en el orden del día la «reconstrucción del verdadero Partido Comunista». Pero, ¿qué era ese partido que estaban preparando y que surgió demasiado tarde, semanas después del 25 de noviembre? Era un partido inspirado en una tergiversación «popular» del marxismo, que desvirtuaba las tareas revolucionarias del proletariado tras una supuesta etapa anterior: la «revolución democrática y popular», dirigida por un frente popular en embrión, la UDP, bajo la consigna de «unidad del pueblo». Donde se necesitaba un partido bolchevique, leninista, se insertó un partido centrista de colaboración de clases «revolucionario». Aunque hubiera nacido a tiempo, el PCP(R) no habría cambiado el curso de los acontecimientos.

El ala semianarquista agrupada en el FUR proclamaba en voz alta la necesidad de la revolución socialista, pero se oponía a la creación de un es-

---

24. «La aventura de Cunhal y de todos los reaccionarios y fascistas –decía la UDP en un comunicado una semana antes del golpe– se puede impedir con la unión de todos los pueblos, del Norte y del Sur, contra la guerra civil».

tado mayor político para esa revolución. Consideraba al partido como una amenaza para los comités de base, a los que atribuía el valor milagroso de «parcelas de poder» y los únicos representantes auténticos de la voluntad de las masas. No vio que, en ausencia del partido, la vanguardia proletaria no podía dar a los comités una línea política coherente y que los comités, con toda su «autonomía», se convertían en juguetes de una política precisa: la de la pequeña burguesía radical y su inevitable golpe desesperado.

## El golpe

El 20 de noviembre, el gobierno suspendió sus funciones, en una clara invitación al ejército para que asumiera todo el poder. Las multitudes que acudieron ese día a Belém exigiendo un gobierno revolucionario y gritando «nadie se retira» recibieron un jarro de agua fría con otro discurso contemporizador de Costa Gomes. El secretariado del cinturón industrial de Lisboa fue el primero en dar la orden de volver a casa.

Hubiera sido la última oportunidad de tomar decisiones para bloquear el golpe de la derecha: proclamar una huelga general, establecer una dirección de lucha, poner las empresas bajo el control de las CT.<sup>25</sup> Pero el PCP no quería ni oír hablar de tales desafíos y la izquierda no tenía la fuerza para hacerlo.

Y, naturalmente, la batalla que había estado envuelta en el terreno político de las masas fue caricaturizada como una conspiración cuartelaria. Los oficiales del COPCON y del FUR, aliados ocasionales de los «gonçalvistas» y del sector militar del PCP,<sup>26</sup> decidieron librar la «batalla decisiva» a su manera.

«Ha llegado el momento del avance decisivo hacia el socialismo», proclamó el manifiesto de los oficiales de COPCON el día 21. «Hay que armar el poder obrero». El objetivo era conseguir el apoyo popular a una declaración que impidiera el despido de Otelo y destituyera a los dirigentes derechistas del Ejército del Aire. La insubordinación de los paracaidistas y el miniputsch izquierdista fueron el triste desenlace del gran movimiento revolucionario de

25. Comisiones de Trabajadores.

26. El jefe militar del PCP en 1975, Jaime Serra, fue duramente criticado por dar «dúz verde» al apoyo a los paracaidistas.

74/75, el mayor de la historia moderna de Portugal. Los obreros que acudieron en masa a los cuarteles el 25 de noviembre pidiendo armas ya sabían que habían sido derrotados. Los dirigentes del PCP los enviaron a casa con «confianza en el futuro». El golpe militar de la socialdemocracia, largamente gestado, iba a inaugurar una nueva era de estabilidad. Cunhal fue acogido como rehén sumiso bajo la protección de Melo Antunes. Todo había acabado bien: ni fascismo ni revolución.

Artículos publicados en los números de septiembre/octubre y noviembre/  
diciembre de 1985 de *Política Operária*



## **Diálogo (imaginario) con un demócrata**

**¿Por qué esa idea fija suya de criticar el 25 de abril, de insistir en que no fue una revolución, etc.? Acaba usted haciendo causa común con los reaccionarios, que no soportan el ataque a sus privilegios por el 25 de abril.**

– La pregunta es la siguiente: ¿se ha destruido realmente el viejo orden o sólo se ha eclipsado temporalmente para realizar «obras de mejora»? ¿Podemos hablar de la «destrucción del orden fascista» cuando medio siglo de dictadura y cinco siglos de imperio colonial (¡dos récords mundiales!) se derrumban al mismo tiempo y sus dirigentes, ministros, agentes, secuaces no han sufrido ni un rasguño? ¿Fue el 24 de abril una revolución o una ilusión?

**¿Así que lamenta que no hubiera una revolución sangrienta? ¿Preferiría que hubiera habido los mismos horrores en Portugal que en otros países?**

– La violencia y los horrores son siempre los que imponen los reaccionarios cuando se ven desposeídos. No está en nuestra mano detenerlos. Una cosa es cierta: si hacemos sacrificios en un momento favorable a la revolución, los volveremos a encontrar más tarde, y quizás incluso peores.

**¿Significa esto que cree que la lucha violenta de la que nos libramos el 25 de abril surgirá inevitablemente en el futuro?**

– Absolutamente.

**En cualquier caso, si al pueblo le hubiera faltado el apoyo del MAE, la dictadura podría seguir vigente hoy en día.**

– Quizás sí, o quizás no. Lo que importa es que el MFA, al hacerse cargo de la explosiva situación creada por la inminente derrota en las guerras coloniales, ofreciéndonos en bandeja lo que sólo nosotros podíamos resolver, nos privó al mismo tiempo de la revolución que había que hacer. Nos salvó, pero tendió un puente por el que ahora avanzan tranquilamente los tiburones de antaño y sus hijos y nietos. Y somos aún más impotentes

para detenerlos que hace 20 años, porque ahora están legitimados por la «democracia».

**Pero, ¿podemos ignorar el alcance revolucionario del colosal movimiento de masas que ocupó empresas, tierras y hogares, despidió a los fascistas e invadió las calles?**

– Fue, en efecto, un movimiento colosal por su tamaño, pero infantil a la hora de discernir la lucha de clases. Su alcance revolucionario era tan modesto que nunca provocó una ruptura del poder, ni siquiera una ruptura antagónica en el seno del MFA. Por eso se le glorifica en los círculos reformistas: no por su potencial revolucionario, sino por su bien llevada moderación.

**¿Así que se mantendrá alejado de las conmemoraciones de este 15º aniversario de la liberación?**

– En absoluto, sobre todo porque derrocamos al fascismo con nuestra lucha clandestina. Pero vamos a las manifestaciones oficiales para advertir a los trabajadores contra la hipocresía de los demócratas que se aferraron al poder en el 75 para entregárselo intacto a la burguesía y ahora posan como víctimas y mártires de la revolución; de la revolución que no tuvo lugar porque ellos la sabotearon.

**En cualquier caso, debería tener cierta gratitud hacia los capitanes de abril que le dieron la oportunidad de defender libremente sus opiniones.**

– No se trata de nuestra gratitud personal; se trata de la lucha de la clase obrera por emanciparse de la opresión de la clase capitalista. Y esta lucha ha sido mistificada. Para nosotros, la lección del 25 de abril sólo se habrá aprendido cuando los trabajadores sientan vergüenza por haber aplaudido a la alianza Pueblo-MFA, cantado «A Portuguesa» y saludado a la bandera nacional. En 74/75, los trabajadores deberían haber luchado contra la gran burguesía, apartándose del camino de la pequeña burguesía «democrática» que se interponía para evitar un ajuste de cuentas.

**¿No es esto una muestra gratuita de radicalismo por su parte que no lleva a ninguna parte?**

– Al contrario. Nuestro movimiento obrero lleva más de 50 años asfixiándose en la atmósfera rancia que respiran el PCP, los demócratas, los socialistas... – El reformismo pequeñoburgués en todas sus formas. Vamos a decir tantas veces como haga falta que el célebre «ejemplo portugués» fue un ejemplo asombroso de la inmadurez y el atraso político del movimiento obrero, que no puede liberarse de la tutela «democrática» burguesa y, por tanto, sigue siendo carne de cañón del capital. El 25 de abril sólo será positivo si sirve de lección para que no volvamos a ser presa de los destinos de lágrimas y claveles.

*Política Operária*, marzo/abril de 1989.



## Salazar y otras historias

En primer lugar, se produjo la inflación del antisalazarismo. En aquellos breves días de abril, todo el mundo se empeñó en denunciar al dictador, a sus ministros y a sus secuaces. De la noche a la mañana, la lista de resistentes antifascistas creció hasta alcanzar proporciones asombrosas. Resultó que todo el país había luchado contra la dictadura durante medio siglo. Sólo los ingenuos se dieron cuenta con vergüenza de que habían sido los únicos en no unirse a la épica lucha de todo un pueblo.

Era costumbre llorar a Catarina y José Dias Coelho. Tipos listos que habían sabido manejar sus vidas se hacían pasar por antiguos perseguidos políticos y relataban con modestia misiones muy arriesgadas y nebulosas. Todo el mundo había tenido un primo o un amigo en la cárcel. La competencia era tal que el PS tuvo que reclutar apresuradamente a todos los viejos anarquistas disponibles para componer su corona de mártires.

El PCP estaba en una buena posición para desenmascarar esta comedia barata. Durante 50 años había sido «el partido», la única fuerza capaz de organizar en la clandestinidad y dirigir movimientos de masas contra la dictadura, para bien o para mal. No le resultaría difícil hacer la verdadera historia del fascismo y del antifascismo y documentarla de forma abrumadora. Podría demostrar que el movimiento antifascista no fue una brillante sucesión de acciones espectaculares, sino una interminable, gris y obstinada resistencia de unos cientos de militantes (¡a veces sólo decenas!), intercalada con fugaces euforias de masas. Podría ridiculizar el mito de una oposición «socialista» que nunca fue más allá de las conspiraciones de café, revelar el rostro desvergonzado de «resistentes» como Mário Soares, Alegre o Almeida Santos, pulverizar la tardía adhesión a la democracia de Sá Carneiro y otros fascistas, probar la colaboración de los obispos con la PIDE, hablar de las relaciones amistosas entre la patronal y el régimen.

Pero el PCP no se atrevió a exponer su hipocresía. Ni quería hacerlo. Durante muchos años había sido prisionero de la democracia burguesa, a la que había hipotecado su futuro. Por tanto, tuvo que fingir que creía en los logros de la oposición democrática. Desacreditarla sería desacreditar toda su estrategia.

Es más, esperaba cosechar su propio pequeño beneficio de esta mentira: todo lo que se dijera para engrandecer la resistencia al fascismo proyectaría un mayor prestigio sobre el propio partido que había sido el alma indiscutible de esa resistencia. Es más, al hacer la vista gorda ante la falsificación de los atestados antifascistas de sus socios, esperaba tenerlos como rehenes, atados a su «Unidad», y ponerlos de rodillas en el camino hacia su «socialismo».

Se limitó así a valorizar sus miles de años de prisión, sus muertos y sus fugas de la cárcel, lo que, aunque pareciera muy objetivo, era una forma de *no hacer la historia del fascismo*.

El acuerdo duró lo que duró. A medida que la balanza de poder se inclinaba a favor de la contrarrevolución, el pueblo se calmaba y los débiles vientos apristas daban paso a la atmósfera mohosa de la «normalización democrática», la burguesía empezó a mirar al antiguo régimen con otros ojos, fríamente, sin los complejos iniciales.

¿Podría condenar a todo un sistema por mantener el orden, aunque señalara algunos «excesos»? No se podía. Y los matones fueron enviados a casa por falta de pruebas; los jueces del Pleno, los mafiosos de antaño, los hijos de los fascistas y, finalmente, los propios fascistas, recibieron puestos dignos para que nadie pensara que existía una discriminación indecorosa; la Constitución, las leyes y la práctica cotidiana fueron limpiadas de excrecencias populistas y devueltas a la «normalidad», es decir, a la fuerza coercitiva sin la cual la extracción de plusvalía no funciona.

Alrededor de 1980, se empezó a descubrir que en realidad no importaba si habías participado o no en actos de resistencia a la dictadura. Unos años más tarde, se hizo un nuevo descubrimiento: se confiaba precisamente en los servidores del antiguo régimen, mientras que los antiguos opositores activos eran en su mayoría marginados.

En otras palabras: cuanto menos necesitaban la garantía antifascista del PCP, menos paciencia tenían los hombres en el poder para vivir con ella. Hoy les parece un mal sueño que en el 74 se hubieran arrojado a Álvaro Cunhal y se hubieran zampado a Franco Nogueira o a Antunes Varela.

¿Es justo que quienes fueron elevados al poder gracias al sacrificio de miembros del Partido Comunista ahora lo desprecien? Dentro del universo mítico soñado por Cunhal, ese universo moral formado por fascistas y antifascistas, no es justo, por supuesto. Pero en el mundo real, en el mundo de la burguesía y el proletariado, las cosas tienen una lógica diferente: la burguesía necesitó temporalmente los servicios de los «comunistas» para contener a los trabajadores en una curva difícil y ayudar a establecer una nueva relación con las antiguas colonias; los toleró como iguales, escuchó sus discursos, les permitió un cierto margen de maniobra. Ahora, sin embargo, una vez cumplida la tarea, se les vuelve a poner en su sitio, y para esta burguesía provinciana y tradicionalista, el lugar de los capataces sigue estando en la cocina.

Cunhal puede sentirse amargado por esta injusticia histórica. Pero el trato que recibe el PCP se corresponde con el lugar que ocupa en la sociedad, no el que dice ocupar sino el que realmente ocupa y ha elegido voluntariamente: el partido encargado de mantener a la clase obrera dentro de los confines del sistema contándoles cuentos sobre el socialismo.

Quizás la más divertida de estas volteretas fue la de los investigadores que empezaron a tener serias dudas «científicas» sobre la conveniencia de hablar del fascismo portugués, ya que el salazarismo difería en muchos aspectos del modelo hitleriano. Impacientes con las exageraciones y los mitos obligatorios de la propaganda oficial aprista, empezaron a decir que el salazarismo no era exactamente el infierno. Salazar había tenido sus aciertos como economista, siempre había confiado más en Inglaterra que en Alemania, había mantenido a Portugal fuera de la guerra con un arte consumado y una honradez incorruptible. Por otra parte, la oposición a la dictadura nunca había sido el huracán popular que se había sugerido, el número de víctimas había sido pequeño, la PIDE no podía compararse con la Gestapo.

Hoy está claro que estos escrúpulos «científicos» estaban guiados por un seguro instinto de clase. La burguesía necesitaba liberarse del chantaje moral ejercido sobre ella por el PCP y producir su propia crítica a medida del salazarismo. En lugar de historias sobre la clandestinidad, las torturas de la PIDE y la miseria de los obreros y campesinos, se publicaron estudios *imparciales* sobre la economía, la política y la diplomacia del Estado Novo,

crónicas de los amoríos de Salazar, episodios cómicos sobre los absurdos de la censura.

Al poco tiempo, la masa de antifascistas había mordido el anzuelo y se complacía en hablar de la dictadura como de una taberna risible y de la resistencia como de un relajado acontecimiento deportivo. Pronto llegaron a la conclusión de que el salazarismo no era más que un régimen autoritario con tintes liberales. Los que se obstinaban en hablar de fascismo se dejaban llevar por la «pasión partidista».

Lo que se ha hecho en este ámbito es simplemente traducir al portugués las escuelas estadounidenses que desde el final de la guerra se han esforzado por crear una base teórica para justificar la recuperación de los fascistas. A nuestra escala, es una copia de aquellos «revisionistas» alemanes que afirman que la existencia de los campos de exterminio nazis no está probada.

Así que pasamos de maldecir el «oscuro régimen fascista» a la nostalgia por los arcaicos y tranquilos «buenos tiempos»; de la moda de la resistencia antifascista a la admiración por la *integridad moral* de los fascistas impenitentes. Y finalmente, llegamos a la rehabilitación de Salazar. Era inevitable. La burguesía ya no soportaba las barreras morales. Necesitaba hacer justicia a su antiguo líder.

La burguesía estaba saturada de Salazar, de su anquilosado entramado burocrático corporativo, de su maníaca vigilancia de todas las formas de expresión. Pero era una aversión superficial. En el pensamiento burgués actual, esa aversión está dando paso a una admiración cada vez más profunda. Y no es de extrañar.

Puede que no todos lo digan, pero fue con Salazar y sólo con él que se hizo realidad el sueño secreto de esta burguesía anémica: la estabilidad del poder, la seguridad de la propiedad, la capacidad de mantener en vilo a los pequeños. Eso lo dice todo sobre la nostalgia con la que buena parte de la vieja generación burguesa lo ve hoy.

Y aunque es cierto que el burgués medio de hoy reconoce las ventajas prácticas del régimen democrático y las limitaciones que conllevó el salazarismo, también siente que la democracia sólo es posible hoy gracias al medio

siglo de austeras prohibiciones impuestas por Salazar. Así es como se amasó el capital, de donde partió todo.

Un reaccionario declarado como el profesor António José Saraiva reconoce el «estilo claro y conciso» de Salazar y la «fuerza magnética» de sus discursos. Y es cierto. Salazar tenía profundidad de pensamiento político porque expresaba de forma concentrada un proyecto para la burguesía nacional. A Salazar le gustaba dar lecciones políticas en sus discursos porque le apasionaba educar, unificar y dar confianza a una burguesía atrasada e insegura.

Es cierto que estos discursos son una amalgama de reaccionismo monástico-fascista, pero ¿quién puede decir que ésta no era precisamente la ideología más adecuada para la burguesía nacional de la época?

Y fue precisamente porque era el guía y maestro de la burguesía por lo que Salazar sobrevivió casi 50 años en el poder, teniendo que recurrir sólo ocasionalmente a la represión masiva. La represión se desató con ferocidad sobre los pueblos de las colonias – y también allí el dictador fue la fiel expresión de los sentimientos dominantes de la burguesía portuguesa.

Nadie en la oposición podía admitir esta cruel verdad. Todos, los demócratas y el PCP, necesitaban alimentar el mito de una aspiración democrática universal, que en realidad correspondía a una fracción muy pequeña de la burguesía de la época. Porque la burguesía necesitaba abrumadoramente eso mismo, la dictadura, los gremios y sindicatos nacionales; y los obreros y campesinos necesitaban la revolución y otro régimen, aunque fueran incapaces de expresarlo y se vieran obligados a tragarse las monsergas republicanas que les daban a beber.

En una palabra: la tendencia moderna a psicoanalizar a Salazar proviene de la necesidad de la burguesía de ocultar la relación social de fuerzas en la que se basaba su régimen. Durante muchos años, Salazar fue pintado como un demonio dotado de poderes casi sobrenaturales, porque entonces la burguesía sólo podía culparle de su propia dinámica fascista como clase. Hoy se dice que Salazar estableció una *dictablanda* (más que una dictadura) y que

inyectó una especie de letargo en el país para explicar la aceptación que su régimen recibió de la mayoría de la burguesía.

Todo sistema de poder tiende a ir a la zaga de las relaciones de clase que dinamiza. El salazarismo, con su rigidez de coraza, inevitablemente tuvo que frenarse más que ningún otro. En la crisis del 58, cuando fue desafiado por millones, en la estela de Delgado y del obispo de Oporto, el salazarismo se reveló obsoleto y comenzó su agonía. No era sólo una cuestión ideológica: los grandes capitalistas modernos empezaban a ver más desventajas que ventajas en el sistema Unión Nacional/PIDE/Censura y a distanciarse de él. Ya se sentían capaces de emprender otros vuelos fuera del ala paterna.

Si no hubiera sido por el estallido de las revueltas coloniales en el 61, quizás la dictadura habría caído antes, contrariamente a lo que dice la gente. Pero frente a la guerra en África, la burguesía, que no es aventurera, se dio cuenta de que todo el régimen burgués entraba en un peligroso periodo de prueba y que la «unidad nacional» era necesaria por encima de todo. Por lo tanto, pospuso la cuestión de la remodelación del régimen y se dedicó con tanto entusiasmo al asunto de la guerra que lo llevó todo al borde del abismo.

A la pequeña burguesía «progresista» se le encomendó la tarea de organizar un régimen alternativo más allá de la fatal derrota militar en las colonias. Era una tarea muy superior a sus capacidades y de la que salieron con la consabida consternación, pero finalmente con éxito. Es lo que algunos románticos siguen llamando la «revolución de abril», la «hipótesis democrático-revolucionaria de la transición al socialismo» y otros nombres épicos. ¡Como si el espectáculo al que asistimos actualmente no fuera la mejor prueba hasta la fecha de que no hubo revolución alguna! Cuando una auténtica revolución arrasa una sociedad, puede seguirle una contrarrevolución, pero lo que no puede volver a ocurrir nunca es un retorno al tipo de relaciones sociales de antaño.

El sistema burgués de Portugal tuvo que ser sacudido para actualizarse y resistir la amputación del imperio colonial. Pero persiste la relación básica entre una burguesía débil e insegura, propensa a la tiranía, y un proletariado que aún no ha despertado a la lucha por el poder.

Porque la cuestión es la siguiente: dado que la dictadura se basaba en la férrea decisión de mantener barata la mano de obra, su duración anormal y el alcance controlado de la represión hicieron que la resistencia del movimiento obrero fuera limitada, dispersa y laxa. Si los trabajadores y su partido hubieran sido capaces de crear medios de acción eficaces para sustituir la libertad de organización que se les había robado, *el fascismo se habría visto obligado a pagar un precio más alto por todo lo que robó al movimiento obrero*, se habría desgastado más rápidamente, la burguesía se habría visto obligada a descartar la dictadura mucho antes.

Esta discusión siempre ha sido bloqueada por el PCP, en nombre de Tarrafal, de los muertos, de los años de encarcelamiento. ¿Quién tiene autoridad moral para criticar que no se haya hecho más? Pero no se trata de denigrar los sacrificios y el heroísmo de miles de militantes comunistas, sino de hacer balance de una línea política. Y este balance demuestra que el PCP, guiado por el 7º Congreso de la IC, no pudo ser el foco revolucionario capaz de concentrar las luchas de resistencia en un haz insurreccional.

El diagnóstico estaba hecho. La idea abstrusa de que el fascismo era «un paso atrás» y de que el objetivo de la lucha era restaurar la legalidad democrático-burguesa condujo a la preocupación obsesiva de no asustar a la burguesía liberal y a la pequeña burguesía; y esta preocupación eliminó desde el principio cualquier posibilidad de radicalización revolucionaria de la lucha obrera y campesina. Así de simple.

Y aquí llegamos de nuevo a la identidad del salazarismo como forma portuguesa del fascismo europeo. Cuando las escuelas burguesas multiplican sapientemente las características definitorias del fascismo, pretenden evacuar su base social: la burguesía, que se vio amenazada por la revolución proletaria victoriosa en Rusia y estrangulada por la crisis económica, tuvo que dejar de lado todo espacio para el consenso, concentrarse, atrincherarse, negar todas las concesiones anteriores al movimiento obrero, prepararse para la guerra con las burguesías rivales. Eso era el fascismo.

Salazar siempre lo dijo con la misma claridad que Hitler o Mussolini. Es cierto que utilizaba un lenguaje diferente al de ellos, pero ¿cómo no iba a

hacerlo si expresaba los intereses de otra burguesía, con otra historia, otras particularidades? ¿Es tan extraño que haya tantos fascismos como países?

Utilizando el látigo del fascismo, la burguesía *européa* enseñó a los comunistas a dejar de lado los sueños revolucionarios de los primeros años y a contentarse con las libertades democrático-burguesas. La «nueva política» de Dimitrov significaba que se había aprendido la *lección* y que los comunistas estaban listos para convertirse en la punta de lanza de la restauración democrático-burguesa. Álvaro Cunhal fue el que más espontánea y calurosamente dio contenido a esta domesticación de los comunistas. El derrumbe al que asistimos hoy comenzó hace 50 años.

Pero queda otra pregunta: ¿podría Cunhal haber movilizado a la clase obrera como *fuerza de choque* contra la burguesía liberal en el duelo contra el salazarismo si la propia clase obrera no era apta para esta tarea? O dicho de otro modo: si existía una auténtica necesidad revolucionaria entre los obreros, los asalariados rurales y los campesinos pobres de nuestros años 30, ¿no se habría expresado en tendencias radicales que chocaran con la vía de la unidad democrática del PCP?

Aquí, las coartadas a las que todavía hoy se aferran los libertarios, culpando a los «métodos totalitarios» de los comunistas, no explican nada. La verdad es que la militancia obrera de los años de la República, por muy positiva que fuera, no tenía aún un verdadero filo anticapitalista (que se mide no sólo en la capacidad de luchar contra la explotación, sino también en la capacidad de luchar *por el poder*), carecía de la madurez política, ideológica y organizativa para abordar la tarea de derrocar a la burguesía. Fue una lucha de resistencia, corporativa en muchos aspectos, contra el avance del orden capitalista.

El proletariado no tenía ninguna preparación política para responder a la escalada fascista. A excepción del breve interludio de 1930-34, cuando el Partido Comunista pareció por un momento querer orientarse hacia una etapa superior de preparación para la lucha por derrocar a la burguesía, los obreros se contentaron con luchar por la restauración de la democracia de los capitalistas. Dos o tres pasos atrás, que marcan toda la existencia de la

clase obrera en el último medio siglo y que se reflejaron en la timidez de las audacias proletarias del 74-75, con los resultados que conocemos.

Quizás una mejor comprensión del caso de Salazar ayude al movimiento a curar esta herida y a ganar confianza en sí mismo para pensar en el futuro, en la lucha obrera internacional por el comunismo.

*Política Operaria*, mayo/junio de 1989.



## Eructo presidencial

La visita estuvo a punto de no producirse, pero Mário Soares siguió adelante con ella. Acudió al cementerio de Bissau para rendir homenaje a los soldados portugueses muertos en combate; y, siempre ingenioso, llegó incluso a *ilustrar* a los guineanos que se manifestaban tímidamente en su contra.

Es para abrir los ojos; sólo los negros no lo entienden: ¿por qué el jefe de la nación agresora no debería honrar a sus soldados muertos cuando visita la nación agredida?

Es más, explicó Soares, los soldados portugueses fueron tan víctimas de la guerra colonial como los guineanos. Lo que significa, por supuesto: que no tenemos nada que hacer escudriñando quién estaba en su tierra y quién en la ajena, quién fue torturado y quién quemado con napalm, a qué campo pertenecían las mujeres, los niños y los ancianos masacrados. No nos machaquen más los oídos con los crímenes del colonialismo.

Los sonoros eructos del presidente de la República, en un momento en que Guinea, sombrero en mano, pide préstamos e inversiones, son una forma de recordar brutalmente a los deudores que Portugal, como comisionista del capital europeo, no está ahí para hacer caridad, sino para ganarse lo suyo. «No se le ocurra ponernos a la defensiva con la historia del colonialismo. Tendrá que devolver los préstamos y los intereses hasta el último céntimo». Esto es lo que pomposamente se llama cooperación, ese «proyecto nacional que cuenta con el apoyo de todos los partidos y al que nadie se opondrá», como subrayó Mário Soares.

Si alguien no se había dado cuenta de lo que quería decir Soares al afirmar que «Portugal asume su historia en su totalidad», sin duda le iluminó la entusiasta reacción del mariscal Spínola. «Tenemos que acabar con los bajos complejos políticos del periodo revolucionario», graznó el siniestro pájaro, porque «no tenemos nada de lo que avergonzarnos». De hecho, tiene razón: ¿por qué debería avergonzarse de haber mandado matar a Amílcar Cabral?

*Política Operária*, noviembre/diciembre de 1989



## Cómo fue derrotada la izquierda el 11 de marzo

El 15 aniversario del 11 de marzo dio lugar a un espectáculo que sólo no escandalizó a nadie porque ya forma parte de los hábitos políticos nacionales: los derechistas, que durante todo este tiempo habían protestado indignados que no había habido ningún intento de golpe de Estado en esa fecha y que todo había sido un montaje o una exageración de los comunistas para hacerse con el poder, han confirmado ahora, con tranquila insolencia e incluso jactancia, todos los detalles de la conspiración, el papel de Spínola, los planes de guerra civil, la intervención de los servicios secretos extranjeros... ¡todo! Todo lo que la izquierda había proclamado en vano durante años y años es ahora puesto al desnudo, con el mayor aplomo, por los señalados.

Es posible que esta tardía restauración de la verdad llene de melancólico orgullo a Cunhal, Otelo y Vasco Gonçalves: por fin, la historia tendrá que reconocer que fueron demócratas fieles al pueblo y víctimas de las calumnias de la reacción. Pero esta revancha moral no sirve de nada a nuestro destino colectivo, que se trazó durante muchos años en ese episodio; por eso la burguesía ya no se molesta en ocultar la verdad.

La historia no se molestará en averiguar en el futuro si Cunhal fue más honesto que Spínola en 1975. Lo que la historia se preguntará (y ya se está preguntando) es: ¿qué hizo la izquierda el 11 de marzo?

¿Aprovechó los pasos en falso de la derecha, las vacilaciones, la incompetencia y la cobardía que han demostrado los conspiradores, para asestarles un golpe demoledor? ¿O, por el contrario, *temía la izquierda derrotar a la derecha?*

La pregunta puede parecer equivocada. Hasta el día de hoy, está muy extendida la opinión de que la izquierda militar, el PCP y los flecos «izquierdistas» sacaron el máximo partido del fiasco derechista del 11 de marzo, lanzándose a las nacionalizaciones, a las Asambleas del MFA, a la Reforma Agraria, al «poder popular», al *extremismo gonçalvesco*. Pero esta idea sólo se mantiene debido a la estrechez de miras reformista con la que todavía hoy se ve entre nosotros la lucha de clases.

Si las fuerzas que dirigen el proceso hubieran querido luchar tácticamente contra el golpe, habrían encarcelado a los golpistas, desmantelado sus organizaciones, desenmascarado la complicidad de Mário Soares y Sá Carneiro, ordenado la destitución del embajador Carlucci, armado a los comités obreros, en una palabra, habrían *profundizado la revolución con hechos y no sólo con decretos o discursos*.

Sería un desafío arriesgado, ¿qué duda cabe? Pero todo el juego que se había jugado desde la caída del fascismo era arriesgado y sólo tenía posibilidades de victoria si se avanzaba audazmente de etapa en etapa. Y después del 11 de marzo, se daban las condiciones para dar un salto adelante con el apoyo de los trabajadores.

Pero eso no fue lo que se hizo en absoluto. Sólo se tomaron las medidas estrictamente obligatorias contra los conspiradores para calmar a la población. Y se mantuvo con caballerosa suavidad el calendario electoral que se había acordado, cuando todo indicaba que la izquierda correría un riesgo mortal sometiéndose a unas elecciones cuando el control del poder estaba indefinido y la derecha, largamente enraizada en medio siglo de fascismo, se atrincheraba en los nuevos partidos «democráticos» para volver al contraataque.

Sólo por debilidad mental (¿o por un astuto cálculo capitulacionista?) pudieron los dirigentes oficiales de la izquierda considerarse obligados a «cumplir su palabra» y someterse al escrutinio popular, apenas un mes y medio después de la intentona golpista. Una izquierda digna de ese nombre, dispuesta a conducir a los trabajadores a una victoria real, habría asumido el *aplazamiento de las elecciones* como su derecho indiscutible hasta haber llevado a cabo las transformaciones económicas y sociales urgentes para decidir la batalla.

Pero nuestros dirigentes «revolucionarios» con el cerebro lavado pensaron que era *más noble* lanzar el destino del movimiento popular en estas elecciones. Si esperaban que el pueblo reconocido votara en masa al PCP, al MDP o al MES, se sintieron decepcionados. La gran mayoría se inclinó por los partidos «moderados» e incluso por los «defensores del orden», es decir, por las puntas de lanza *legales* de la contrarrevolución. Pero, ¿qué otra

cosa podía esperarse cuando la pequeña burguesía vivía atemorizada por la seguridad de la propiedad y cuando la laxitud de la izquierda no permitía la formación de un centro revolucionario decisivo?

Con la previsible victoria electoral del PS y del PSD el 25 de abril del 75, la lucha de clases se agravó en lugar de clarificarse. La situación empeoró para la derecha, disimulada durante unos meses por leyes radicales, manifestaciones *atemorizadoras* y discursos incendiarios, pero sólo para encubrir una impotencia irremediable. De hecho, la derecha jugaba con la fuerza moral resultante de su victoria electoral y exigía el derecho a formar gobierno. La posición de los «izquierdistas» se hizo insostenible: ¿con qué autoridad podían mantenerse como detentadores del poder, si habían celebrado las elecciones y reconocido sus resultados? Y está claro que un número cada vez mayor de funcionarios del MFA consideró que esta lógica no tenía respuesta.

Y así, después de que Vasco Gonçalves jugueteara con sus leyes «revolucionarias», diseñadas, en su débil mente, para actuar como un «muro de acero» contra la reacción, tuvo que retirarse, vergonzosamente expulsado por la convocatoria de sus camaradas oficiales en el pronunciamiento de Tancos, y abandonado por Cunhal, ese estratega de batallas aplazadas. Lo que siguió hasta el 25 de noviembre no fue más que el epílogo de esta triste comedia «revolucionaria».

*Política Operária*, marzo/abril de 1990



## Diez verdades incómodas

De año en año, a medida que el gran temor al «anarcopopulismo» se aleja y la burguesía se consuela con la idea de que su ley es eterna, las celebraciones del 25 de abril se vuelven más grises, la participación popular más amorfa, los discursos de los políticos más malhablados.

Ahora que todo ha vuelto a la «normalidad», la versión oficial del 25 de abril se vende en dosis industriales. A saber: el restablecimiento de las libertades, objetivo del movimiento militar, se vio incluso amenazado por la «tentación totalitaria marxista», pero la democracia acabó triunfando sobre los «espejismos de la falsa propaganda», gracias a la valiente acción de las fuerzas democráticas y del sector sano de las Fuerzas Armadas.

Es una historia inventada de cabo a rabo por los vencedores del 25 de noviembre, que año tras año desfiguran o censuran los hechos que *no se ajustan* a su legitimidad. ¿Y cuáles son esos hechos?

*El Golpe de los Claveles* se desencadenó, no por amor a la democracia, sino por la inminencia de la derrota en Guinea y el norte de Mozambique y la constatación de que la dictadura de Caetano/Tomás era incapaz de encontrar una salida sensata a la guerra colonial. Mientras no llegamos al borde de la derrota, no hubo sobresaltos en la conciencia de los oficiales. No hay razón para entrar en trance sobre el «don de los capitanes». La verdad es que la conspiración militar, con el general nazi-fascista Spínola como padrino, fue una pobre coronación para medio siglo de lucha obrera y popular anti-fascista.

*El ala progresista* del MFA buscó el apoyo de la única oposición que funcionaba (PCP, MDP), con la esperanza de que la moderación de estas fuerzas y la confianza que los trabajadores y la juventud tenían en ellas les permitiera abandonar la dictadura sin caer en el abismo de la revolución. Hoy, los trabajadores se dan cuenta de que no tienen que felicitarse por el «humanismo» de los claveles: detrás de esa fachada simpática, *tuvo lugar una transición negociada del poder* que frustró la reivindicación central del pueblo: el desmantelamiento total del Estado fascista.

*Los partidos* hoy llamados «democráticos», que brillaron por su ausencia durante medio siglo de dictadura, sólo se formaron en vísperas o después del 25 de abril, con un único objetivo: garantizar la transmisión de la herencia del poder burgués, no dejarlo «caer en la calle». La inmensa mayoría de los demócratas que hoy se pronuncian contra la PIDE y la censura se limitaron durante el fascismo a esperar su turno con calculadora prudencia porque sus profundos intereses de clase no estaban amenazados; fue necesaria la agitación de los trabajadores para que despertaran a su obligación cívica de «defender la libertad contra el totalitarismo».

*Las acusaciones* que a menudo se hacen al PCP y a Álvaro Cunhal de «intentar tomar el poder» son una injusticia histórica. No es la burguesía la que tiene que quejarse del PCP, sino los trabajadores. La dirección del PCP trabajó duro por la transición del fascismo a la democracia burguesa (a la que llamó «revolución democrática y nacional») porque siempre temió la revolución como una «aventura». Desde el primer día, el PCP se preocupó de poner al movimiento popular bajo el ala del MFA, es decir, de atar a los obreros y soldados a los oficiales para que no cayeran presa de las tentaciones revolucionarias. Las concesiones del PCP al radicalismo obrero y popular entre la primavera y el otoño del 75 no fueron más allá de lo estrictamente necesario para mantener al movimiento bajo su influencia y llevarlo de revés en revés a la situación actual.

*Las nacionalizaciones* y la intervención del Estado en las empresas no formaban parte de ninguna estrategia revolucionaria o socialista; eran el único recurso del Estado para frenar las ocupaciones y el control obrero que empezaban a extenderse y provocaban la estampida de pánico de los capitalistas. Dando la apariencia de satisfacer las aspiraciones socialistas de los trabajadores, las nacionalizaciones los mantuvieron atados al trabajo asalariado, hasta que fue posible contener la oleada popular, pasar a la contraofensiva, «demostrar» que no funcionaban y devolver las empresas a los capitalistas. El Estado «socialista» no fue más que el fiel custodio de la propiedad burguesa durante la crisis.

*No hubo* «terror populista»; la izquierda no tiene que disculparse por «excesos» que no existieron, las quejas de la burguesía al respecto son puro chantaje para poner a los trabajadores a la defensiva. Lo que la burguesía

condena ahora como «excesos» fue el hecho de que las decisiones pudieran tomarse en las sesiones plenarias y no en los despachos. El mal fue la timidez de los intentos de expropiación y control de la burguesía, que paralizó por un momento pero nunca tuvo la fuerza para hacer saltar por los aires el aparato estatal y el aparato ideológico de la burguesía.

*La acusación* de que las conquistas populares habían provocado el «caos económico» sirvió para ocultar el sabotaje de los patrones, el boicot de las potencias imperialistas y la complicidad de muchos de los gobernantes de la época. Con la teoría de que «el socialismo llevó al país al borde del colapso», la burguesía legitimó la ofensiva contra los beneficios conquistados por los trabajadores y el restablecimiento de la dictadura absoluta del Capital. La historia de que en el período revolucionario los obreros ganaban demasiado, no trabajaban, etc., refleja el resentimiento de los patronos e ingenieros, que no pueden perdonar que en aquella época sólo ganaran el doble que los obreros.

*La expropiación* del latifundio y la reforma agraria, el control obrero de las empresas y la eliminación de los fascistas y los vampiros, los comités de soldados, las ocupaciones de casas, los comités de vecinos, los comités de vigilancia popular, todo ello dio el sello revolucionario al 25 de abril, llevándolo más allá de la mera liberalización de las instituciones buscada por la burguesía de oposición. Sin embargo, no se articularon en un proyecto revolucionario de conquista del poder. La ingenua creencia en las capacidades de la espontaneidad local descentralizada, frente a una burguesía que buscaba una oportunidad para contraatacar, hizo perder al movimiento obrero.

*La «restauración de la legalidad»* el 25 de noviembre fue el resultado de una conspiración golpista combinada entre el PS, Eanes y el ala espinolista del ejército, financiada por grupos burgueses y patrocinada por los embajadores de Estados Unidos y Alemania Federal. Esta conspiración, que la burguesía pretende hoy ignorar, está exhaustivamente documentada: distribución de armas a los grupos de asalto, campañas de intoxicación, provocaciones contra el movimiento popular, preparación activa de la guerra civil... nada faltaba en los planes de los «libertadores», que sólo no desembocaron en un baño de sangre debido a la incapacidad de resistencia del movimiento popular, desintegrado por falta de dirección revolucionaria. El golpe de la

derecha – tal fue el nacimiento del régimen actual, del que se dice que es el de la «legalidad» y la «concordia nacional».

*El «descubrimiento»* de Mário Soares de que el 25 de abril enseñó a los pueblos de Europa del Este a amar la democracia no sólo es una bravuconada ridícula, sino que pretende relegar el 25 de abril a una mera liberalización burguesa. Pasa por alto el hecho de que, mientras en el 75 los burgueses huían de Portugal y la flota estadounidense rondaba nuestras costas, hoy en Europa del Este los burgueses regresan y George Bush es aclamado. Así que, tras derrotar al movimiento popular del 74/75, Mário Soares quiere ahora borrarlo de la memoria de los trabajadores. Él sabe por qué: lo que estaba en juego era la cuestión del poder.

En conclusión: la burguesía está aprendiendo de sus debilidades del 25 de abril, para que no se repitan. ¿Cuándo hará lo mismo el movimiento obrero?

*Política Operária*, mayo/junio de 1990.

## Carabelas de abril

El fascista Soares Carneiro, nombrado de nuevo jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas por favor especial del demócrata Mário Soares, ni siquiera se molestó en leer el habitual mensaje a las tropas; trató el 25 de abril a cara de perro. En cuanto a Soares, pensó que la fecha estaba bien elegida para acudir a la Asamblea de la República a ensalzar el «retorno a África». Y el ambiente de fructífera concordia nacional calentó tanto los escaños que Sá Carneiro fue evocado como uno de los diputados fallecidos que «dedicaron su vida a la conquista de la libertad» sin que nadie tuviera el valor de protestar.

La socialdemocracia está eufórica porque, con la tristeza de los trabajadores desaparecida y el PCP en eclipse, ahora puede tomar realmente el 25 de abril como su propia fecha. Y nos explica que las cosas no salieron como pensábamos. En coloquios, artículos y conferencias, recordamos aquellos meses épicos en los que los «demócratas» caminaban al borde del abismo, con los «radicales ululantes» sueltos por las calles. El enemigo de la libertad, ahora lo sabemos, era el pueblo. «Caminábamos descalzos sobre el fuego», resumió elocuentemente uno de aquellos intrépidos luchadores por la democracia. Y Soares, triunfante (un periodista soviético llegó a pedirle disculpas por haberle calificado de reaccionario hace 15 años...), no pudo resistirse a presumir: «En Portugal fueron los mencheviques los que vencieron a los leninistas».

No es del todo cierto, porque en nuestro caluroso verano no había leninistas (si los hubiera habido, otro gallo habría cantado...), pero quiere decir en su discurso que la socialdemocracia ha conseguido echar el lazo a la gente que se le había ido de las manos y volver a someterla al yugo. Y en eso tiene razón.

Pero con la euforia llegó la cómica manía lusitana de grandeza. Y el Presidente se cubrió de ridículo ensalzando las repercusiones universales de este 25 de abril menchevique, realizado contra los trabajadores y la revolución, y que habría inspirado movimientos liberales en todo el mundo, de España a Filipinas, de Namibia a Chile y Europa del Este. Parece que Portugal liberó al planeta.

Francisco Martins Rodrigues

Así, cinco siglos después de que los Gamas dieran «nuevos mundos al mundo», ¡la epopeya de la burguesía portuguesa que desafió el mar de la ira popular y enseñó al mundo la «transición democrática sin riesgos» vuelve a resonar en los cinco continentes!

Con monos así, ¿a alguien le puede seguir sorprendiendo que a los jóvenes no les importe el 25 de abril?

*Política Operária*, mayo/junio de 1990.

## Vasco Gonçalves y los izquierdistas

Entrevistado por la revista *Sábado* (10 de agosto), el general retirado Vasco Gonçalves, acusado aún hoy de «haber intentado instalar el comunismo en Portugal», no hizo apología del pasado, por si sirve de algo. Volvió a defender su política en el «verano caliente» de 1975, dijo que había sido la época más feliz de su vida y criticó la barata actitud reaccionaria del actual régimen democrático-tachista.

Hasta aquí, todo bien. Salvo que el «extremismo» de Vasco Gonçalves sigue siendo el mismo que el suyo: un reformismo cursi que sólo en esta tierra de lorpas podría hacerle parecer el coco de la burguesía. Demostrando que no ha aprovechado sus años para meditar sobre las lecciones de la vida, el general sigue pensando que sus reformas podrían habernos conducido pacíficamente al socialismo; está convencido de que el sector empresarial del Estado sólo fracasó porque nunca se estructuró adecuadamente; y no se le ocurren mejores deseos para la política nacional que repetir su ya rancio llamamiento a la «convergencia de las fuerzas democráticas». Cuando se trata de política internacional, defiende intrépidamente que la perestroika es un paso hacia el socialismo...

Pero lo más típico del pensamiento de Gonçalves son sus desplantes antiizquierdistas. Se niega a hablar del golpe derechista que le derrocó porque no quiere «davar trapos sucios», pero no tiene reparos en pronunciarse contra el «izquierdismo». Los izquierdistas, explica, eran en el mejor de los casos ingenuos exaltados que, «por falta de preparación política», pensaron que era posible «conseguirlo todo de la noche a la mañana» y con el «desorden» creado por las ocupaciones salvajes dieron argumentos a la reacción.

Este analfabetismo político es vergonzoso. El general Gonçalves aún no se ha dado cuenta de que si no hubiera sido por las huelgas y manifestaciones anticoloniales «izquierdistas» de junio del 74, Spínola nunca le habría invitado a formar gobierno; de que si no hubieran comenzado las ocupaciones y reorganizaciones «salvajes» de empresas, la ley de nacionalizaciones nunca habría sido posible; y de que la brillante idea de firmar la ley de Reforma Agraria sólo se le ocurrió en el verano del 75 porque las ocupaciones incon-  
troladas de tierras llevaban produciéndose algunos meses...

Con la miopía típica de un reformista, culpa de la derrota al movimiento que él mismo contribuyó a sofocar. No se da cuenta de que el papel del llamado «izquierdismo» era expresar el descontento muy real de los trabajadores. Y que el papel de sus gobiernos revolucionarios fue desgastar, ganar tiempo, absorber la energía popular para impedir que las masas tomaran el poder. Y, como siempre ocurre en estos casos, una vez cumplida la misión, fue echado a patadas por la derecha. ¿De qué se queja?

*Política Operária*, septiembre/octubre de 1990.

## Los pides y los otros

La pensión concedida a dos inspectores de la PIDE por «altos y distinguidos servicios prestados a la Patria» causó revuelo, en repugnante contraste con el ostracismo en el que murió Salgueiro Maia.

Tras la provocación, sin embargo, vino el agua hirviendo, como es típico en esta tierra: el Tribunal Militar Supremo argumentó que sólo había accedido a las peticiones de los afectados, de acuerdo con la ley; no sería razonable negarles el honor, sólo porque la guerra se considerara más tarde injusta; el gobierno se limitó a instruir rutinariamente los casos; el inspector Bernardo aseguró que nunca llegó a dirigir Tarrafal y que jamás puso un dedo encima de los prisioneros; el inspector Óscar Cardoso, más desinhibido, reconoció que sí mató a «muchos terroristas» y que a veces ordenó «calentar» a los prisioneros, pero sólo cuando lo merecían. Y, para atención de los distraídos, aclaró que la PIDE «no era una organización caritativa»...

Es tan barato que da ganas de vomitar. Por supuesto que lo es. Pero, ¿hay realmente tanto motivo de sorpresa? ¿No es éste un episodio más en el largo retroceso de la derecha? Como bien señaló Varela Gomes en Público el 16 de mayo, desde que el general Soares Carneiro se incorporó al Supremo Tribunal Militar en 1987, la carrera por las pensiones vitalicias y las medallas no ha cesado; la gente de antaño, generales torturadores, jueces del Pleno fascista, policías asesinos, han empezado a honrarse mutuamente como héroes de la Patria. Un día tenía que llegar el turno de los matones...

Pero si la gangrena se extendió con el PSD en mayoría absoluta, lo cierto es que venía de muy atrás; venía de la censura que, desde el 25 de abril hasta hoy, ha *silenciado el papel criminal del ejército en las guerras coloniales*.

Porque el «cumplimiento del deber en los territorios de ultramar» se menciona a cada paso en el currículum patriótico de los militares, ¿y usted quiere mantener una excepción sólo para los pides? ¿No fue lo mismo en la guerra? Spínola es mariscal y está lleno de medallas por haber hecho lo que hizo, ¿y no quieren que los ejecutores de su política se vayan pidiendo pensiones y condecoraciones? Si hace quince días todos podíamos ver en televisión al «izquierdista» mariscal Costa Gomes hablando con soltura de

su actuación como comandante en jefe del ejército fascista en Angola y jactándose con una sonrisa socarrona de haber ayudado a la UNITA a combatir a la guerrilla del MPLA, ¿con qué lógica nos oponemos a la distinción concedida al PIDE Cardoso que, *bajo las órdenes de Costa Gomes*, llevó a cabo esa misión y puso en marcha las siniestras «flechas»?

Tras la provocación, sin embargo, vino el agua hirviendo, como es típico en esta tierra: el Tribunal Militar Supremo argumentó que sólo había accedido a las peticiones de los afectados, de acuerdo con la ley; no sería razonable negarles el honor, sólo porque la guerra se considerara más tarde injusta; el gobierno se limitó a instruir rutinariamente los casos; el inspector Bernardo aseguró que nunca llegó a dirigir Tarrafal y que jamás puso un dedo encima de los prisioneros; el inspector Óscar Cardoso, más desinhibido, reconoció que sí mató a “muchos terroristas” y que a veces ordenó “calentar” a los prisioneros, pero sólo cuando lo merecían. Y, para atención de los distraídos, aclaró que la PIDE “no era una organización caritativa”...

Es tan barato que da ganas de vomitar. Por supuesto que lo es. Pero, ¿hay realmente tanto motivo de sorpresa? ¿No es éste un episodio más en el largo retroceso de la derecha? Como bien señaló Varela Gomes en Público el 16 de mayo, desde que el general Soares Carneiro se incorporó al Supremo Tribunal Militar en 1987, la carrera por las pensiones vitalicias y las medallas no ha cesado; la gente de antaño, generales torturadores, jueces del Pleno fascista, policías asesinos, han empezado a honrarse mutuamente como héroes de la Patria. Un día tenía que llegar el turno de los matones...

Pero si la gangrena se extendió con el PSD en mayoría absoluta, lo cierto es que venía de muy atrás; venía de la censura que, desde el 25 de abril hasta hoy, ha silenciado el papel criminal del ejército en las guerras coloniales.

Porque el “cumplimiento del deber en los territorios de ultramar” se menciona a cada paso en el currículo patriótico de los militares, ¿y usted quiere mantener una excepción sólo para los pides? ¿No fue lo mismo en la guerra? Spínola es mariscal y está lleno de medallas por haber hecho lo que hizo, ¿y no quieren que los ejecutores de su política se vayan pidiendo pensiones y condecoraciones? Si hace quince días todos podíamos ver en televisión al “izquierdista” mariscal Costa Gomes hablando con soltura de

su actuación como comandante en jefe del ejército fascista en Angola y jactándose con una sonrisa socarrona de haber ayudado a la UNITA a combatir a la guerrilla del MPLA, ¿con qué lógica nos oponemos a la distinción concedida al pide Cardoso que, bajo las órdenes de Costa Gomes, llevó a cabo esa misión y puso en marcha las siniestras “flechas”?

*Política Operária*, mayo/junio de 1992.



## El resistente

Si hay un fenómeno en la vida política de este país tan repugnante como el cavaquismo, es sin duda la restauración de imagen que el PS ha estado llevando a cabo con el pretexto del 20 aniversario de su fundación. La novela que se vendió a la prensa sobre la convención de abril del 73 en las afueras de Bonn es sencillamente indigna. Como se dice en las películas, «cualquier parecido con hechos reales es pura coincidencia». No había «delegados de la organización en el interior» por la sencilla razón de que no había organización alguna. Sólo la desfachatez de Mário Soares pudo afirmar que la AEP contaba entonces con «dos mil o tres mil militantes» (!). La cruda realidad es que si los «resistentes» no hubieran sido empujados por el SPD alemán, el 25 de abril aún no habría habido partido socialista.

Siempre hay quien piensa que está feo meterse en estas disputas porque «al fin y al cabo, todos fuimos perseguidos por la dictadura». Pero lo que está feo es falsificar la historia impunemente. Y la historia es ésta: cuando el fascismo llegó al poder, comunistas y anarquistas acabaron en las cárceles y en Tarrafal; los socialistas encontraron sitio en la organización corporativa. Desde entonces hasta el 25 de abril, nadie volvió a oír hablar de socialismo en Portugal. Detrás de los sucesivos carteles, «Directório», «Resistência Republicana e Socialista», ASP, nunca hubo una organización clandestina de lucha, sino cónclaves de notables que aprovechaban los periodos «electorales» para hacerse pasar por líderes de la oposición y aconsejar al pueblo que diera ejemplo de «espíritu de orden». De hecho, el propio Soares, en su larguísima entrevista con el Diário de Notícias, no lo oculta: lo esencial era «una ruptura estratégica con los comunistas, para que pudiéramos tener una estrategia autónoma que, a nivel internacional, pudiera ser aceptada por el mundo occidental». Se trataba, añado con tranquilo cinismo, de «llevarlos con correa». En otras palabras, de aprovechar la lucha de los comunistas sin permitirles influir en la política de la oposición.

Los demás lucharon y dieron su brazo a torcer; los socialistas esperaron. Tan pacíficamente que incluso fueron invitados por Marcelo Caetano a formar parte de las listas de la Unión Nacional. Su única consigna real era

permanecer en la reserva, estar preparados para gobernar y evitar que el poder «cayera en la calle» en caso de caída de la dictadura.

Como vimos el 25 de abril. Estos «resistentes», que durante medio siglo habían sido incapaces de formar un partido para la lucha contra el fascismo, no necesitaron ni dos meses para organizarse para la lucha contra el peligro revolucionario en cuanto cayera la dictadura. No eran buenos en la vida carcelaria, pero no les fue mal en la «clandestinidad dura», junto a Spínola, Carlucci y el ELP.

¿Cuál es el asombro de que hayan salido chamuscados? En una crónica reciente, Manuel Vilaverde Cabral lamentaba que «el PS siga pagando un doble precio: en primer lugar, por su participación involuntaria en la revolución estatista; y en segundo lugar, por su papel en el desmantelamiento de esa misma revolución». ¡Bien dicho! La tragedia del PS fue tener que pasar de la oposición latente del 73, a los mítines «revolucionarios» del 74, a la «resistencia antitotalitaria» del 75 y a los gobiernos antipopulares del 76. Tres saltos mortales en tres años, ¡no hay partido que no se resienta de semejante gimnasia!

Ahora que el pueblo está viendo cuánto duele la «competencia» del PSD, los socialistas creen que ha llegado su hora. Hablan a lo grande en nombre de los desprotegidos y de la defensa de las libertades, como si no hubiera pasado nada. Están dispuestos a sacrificarse una vez más en el gobierno. ¿No es hora de pensar en otra oposición al PSD y *al PS*?

*Política Operária*, mayo/junio de 1993

## ¿Fue culpa del izquierdismo?

«El izquierdismo facilitó la contrarrevolución», repitió Carlos Brito hace unos días, por enésima vez, en una asamblea del PCP dedicada al 25 de abril. Está bien que continúen con esta cantilena, que equivale a una confesión. De hecho, la campaña contra los males del «izquierdismo» contiene mucho más que la búsqueda de un chivo expiatorio, o la arrogancia cerril de quienes se creen dueños del movimiento y no toleran que se falte al respeto a sus «directrices»; resume la verdadera línea política del PCP mejor que todos los kilómetros de resoluciones del comité central.

El caso es que el PCP aún no ha conseguido, y probablemente nunca lo hará, digerir este hecho, que resulta asombroso y desconcertante a la luz de su «marxismo»: la ola popular espontánea que traspasó los límites de la democratización fijados por la Junta de Salvación Nacional y cambió anárquicamente todas las reglas del juego.

Apenas una semana después del 25 de abril, Cunhal y sus amigos descubrieron con aprensión y cierta amargura que los trabajadores, a la vez que expresaban su gratitud por su pasada resistencia al fascismo, no estaban contentos con la libertad que se les había concedido y escuchaban las ideas más extrañas. Comenzaron a crearse hechos políticos en las calles y en las sesiones plenarias, al capricho de agitadores ocasionales: desde el saneamiento de los administradores a la ocupación de viviendas, pasando por la propuesta de equiparación salarial o la exigencia de independencia inmediata para las colonias. Comités ad hoc, elegidos en asamblea y de composición imprevisible, se hicieron cargo de los acontecimientos.

Y, de forma alarmante para el PC, las iniciativas vanguardistas, procedentes de pequeñas minorías, se popularizaron rápidamente y pronto se convirtieron en la corriente dominante, sin tener en cuenta los ritmos previstos y destruyendo los equilibrios laboriosamente negociados a nivel gubernamental o de la junta. El PC se encontró así en la incómoda situación de tener que pedir a las masas que se comportaran ordenadamente para no poner en peligro su credibilidad ante los socios del gobierno. Al no ser obedecido, creó la psicosis de las «provocaciones izquierdistas», que engañaban el buen sentido de los trabajadores.

Sin embargo, los «izquierdistas», pulverizados en grupos y camarillas (maoístas, anarquistas, anarcosindicalistas, anarcocomunistas, guevaristas, leninistas...), numéricamente insignificantes, sin experiencia política, sólo debían su inesperada influencia al hecho de que respondían al estado de ánimo de la vanguardia. Y así fue a lo largo de todo el primer año, hasta las elecciones constituyentes, como lo demuestran numerosos episodios borrados desde entonces y olvidados ya por casi todo el mundo.

## El «partido de vanguardia» se queda atrás

¿Quién recuerda cómo, poco más de un mes después del 25 de abril, José Magro, dirigente del PC, fue expulsado de la CTT por acusar a la huelga (que nosotros apoyábamos) de intentar «fomentar un clima de descontento y revuelta que sólo la reacción y el fascismo pueden utilizar»? ¿O que la primera respuesta de la Intersindical a las huelgas que proliferaban fuera considerarlas «inoportunas» y «alentadas por la reacción», mientras que Cunhal advertía de que «las huelgas generalizadas pueden conducir al caos»? ¿O que el lema «ni un soldado más para las colonias», lanzado por los maoístas, fuera adoptado por la gente en las manifestaciones, a pesar de la desaprobación del PC?

Aquel verano, mientras los «izquierdistas» ayudaban febrilmente a los chabolistas a ocupar viviendas, hacían piquetes ante la Penitenciaría para impedir la liberación de criminales, exigían la liberación de los primeros presos políticos de la democracia y activaban las primeras ocupaciones, el PC se ocupaba de los sindicatos y del MDP, el proyectado «frente popular» que acabó siendo refugio de demócratas moderados, o enredado en los asuntos del Consejo de Estado y del Gobierno Provisional, sin darse cuenta de que la corriente popular se había movido por otros cauces.

Con los trabajadores de las multinacionales (Timex, ITT, Applied, etc.) luchando contra el sabotaje económico, *Avante* echó agua sobre el hervor, asegurando que «la inversión extranjera sigue teniendo grandes posibilidades de obtener un ventajoso y gran rendimiento». La huelga de TAP, que formulaba reivindicaciones avanzadas, fue calumniada en los comunicados del PCP. En septiembre, cuando los trabajadores de Lisnave conmocionaron Lisboa desfilando para exigir el despido de los administradores comprometidos

dos con el fascismo, el PC intentaba apaciguar a Spínola con una manifestación en su honor... El «partido de vanguardia» daba consejos de prudencia que no eran escuchados, anunciaba «conquistas» que el movimiento ya había dejado atrás y, a cada paso, observaba con disgusto cómo sus militantes se dejaban embaucar por los «izquierdistas».

El peligro de *contagio* se hizo evidente en la euforia del 28 de septiembre, que vio a militantes «comunistas» y «de izquierda» codo con codo, en las andanadas contra la «mayoría silenciosa» y en el asalto a las sedes de los grupos fascistas. Alarmados por esta confraternización, los responsables del PC tuvieron que maniobrar en todos los frentes: en el seno del gobierno y del MFA, con la calle, con su propia base... en un agotador esfuerzo de «despliegues tácticos». Para crear un clima de confianza en el gobierno, Cunhal firmó la ley antihuelga (que acabó por no aplicarse debido al rechazo de los trabajadores); llamó a una jornada de trabajo «por la nación»; aconsejó a los monopolios que «sacaran unos céntimos de sus propios bolsillos para satisfacer las justas reivindicaciones de los trabajadores»; condenó las primeras ocupaciones de fincas en el Alentejo, apoyadas por los «izquierdistas».

## En defensa del orden

A principios de 1975, cuando la presión del PS y del PPD ya provocaba señales de ruptura en el seno del MFA, el PC endureció la batalla antiizquierdista. El asedio al congreso del CDS en Oporto, llevado a cabo por los «izquierdistas» con amplio apoyo popular, una de las acciones que más hizo avanzar la conciencia política de los trabajadores del norte, fue condenado como un «acto de desorden». El 7 de febrero, con miles de trabajadores protestando en las calles contra la entrada de la escuadra de la OTAN en el Tajo, Octávio Pato acudió a la televisión para comparar la manifestación con la de la «mayoría silenciosa» ¡y pedir una acogida amistosa para los marinos estadounidenses! En vísperas del 11 de marzo, Joaquim Gomes estaba en el Pabellón de Deportes diciendo a los oficiales del PSP y del GNR «confiamos en ustedes y esperamos que ustedes confíen en nosotros». Durante el golpe, mientras los «izquierdistas» acudían en masa al Ralis y saqueaban la casa de Spínola, el PC ordenó a sus militantes que ejercieran la máxima moderación, para no agravar las desavenencias entre los militares. ¡El 19 de mayo, para de-

mostrar al GNR que no había que temer al radicalismo, Miguel Urbano Rodrigues se sentó a su lado en un homenaje a Catarina Eufémia en Baleizão!

Si el 25 de abril fue algo más que una liberalización ordinaria, se debió a los incontrolables estallidos populares de aquellos primeros meses. El PCP se opuso porque veía estas iniciativas como una amenaza para la «consolidación de la democracia»: bien porque podían dividir al MFA, bien porque acosaban a las clases medias, bien porque eran una provocación imperialista... Para los dirigentes del PC, el «desarrollo del proceso revolucionario» consistía en un trabajo exhaustivo para atraer a los sectores moderados, neutralizar a los opositores y en hábiles maniobras en la cumbre. Cultivaron una imagen de «vanguardia responsable» que sabe adónde va y logra avances sin necesidad de desbarajustes, lo que agradó a las masas moderadamente «progresistas», pero a costa de una creciente desconexión con la vanguardia del movimiento. Así, en un periodo de agitación revolucionaria, en el que todo dependía del papel dirigente de la vanguardia, a la que seguiría el resto, el PC se distanció de ella y la hostigó. Esto es lo que le hace responsable de la derrota del campo popular frente a la derecha.

## El verano de la agonía

Los seis meses siguientes, presentados habitualmente como el «apogeo de la revolución», fueron en realidad su tumultuosa agonía. Todo se había tirado por la borda y se había perdido en el primer año. Si el movimiento había realizado un avance brillante hasta ese momento, se debió a la cobertura de las unidades militares asignadas a la izquierda. Nunca había tenido que enfrentarse a una oposición seria; los dos intentos de la derecha fueron tan ineptos que fomentaron aún más la radicalización del proceso. Así que cuando, con las elecciones, la burguesía y la vasta masa de personas bajo su influencia afirmaron su deseo de poner fin al «desorden» con el voto mayoritario al PS y al PPD, la izquierda quedó indefensa. Si el pueblo no quería la revolución, ¿podrían los revolucionarios imponerla?

En realidad, la precipitada convocatoria de elecciones, antes de que se hubieran completado las tareas primordiales de liquidación de la dictadura –detención y enjuiciamiento de los fascistas, criminales de guerra y reaccio-

narios; reconocimiento de la independencia de las colonias: expropiación de las grandes empresas; reforma agraria— fue una *concesión* del MFA a la presión imperialista y una oportunidad graciosamente ofrecida a la burguesía para restablecer el orden. Fortalecida por la autoridad del voto popular, la burguesía recuperó la iniciativa y se dedicó a acumular fuerzas para la contrarrevolución.

Esta nueva etapa reveló la fragilidad de la extrema izquierda, que había albergado muchas ilusiones en el paraguas militar y no se había preparado en absoluto para el momento inevitable de la lucha por el poder. Sus ruidosas acciones de fuerza, que se multiplicaron durante el «verano caliente» (*República*, *Renascença*, la manifestación por la COPCON...) se estrellaban contra el muro de la conspiración contrarrevolucionaria, que avanzaba paso a paso. Con una parte de los grupos maoístas negociando una fusión en un partido único en el peor momento posible; con otra parte (AOC y MRPP) haciendo causa común con el PS y el Nove, es decir, efectivamente al servicio de la reacción; con otros más (PRP, MES) enzarzados en conspiraciones cuartelarias y en la disputa de caudillos militares, con los anarquistas haciendo gala de su soberana indiferencia ante las necesidades reales del movimiento — la extrema izquierda fue incapaz de recuperar la iniciativa, a pesar de lo acertado de acciones concretas como el asalto a la embajada española, la defensa del cuartel general de Oporto o el lanzamiento, demasiado tarde, de una organización independiente de soldados.

Por parte del PC, sin embargo, el problema no era de fragilidad o inmadurez, sino de una búsqueda calculadora de una salida del *embrollo* que le garantizara una posición estable en la futura democracia. Viendo *caer en picado* su reputación de *pararrayos* popular a medida que la burguesía recuperaba la confianza en sí misma, expulsado del gobierno por la asamblea de Tancos, con su sede incendiada por los fascistas, empujado por la oleada de ocupaciones de tierras en el Alentejo y el Ribatejo, el PC no se acercó más a los «izquierdistas», aunque algunos militantes lo desearan. Las tácticas seguidas tenían como objetivo esencial conseguir *que* los trabajadores se resignaran a la «restauración del orden» y negociaran algún tipo de entendimiento con los militares golpistas. Las «grandes manifestaciones de masas» de agosto, el

asedio a la Asamblea, etc., sólo sirvieron a la dirección del PC para regatear las condiciones de este acuerdo.

## Culpa del PC

Nuestra respuesta a la acusación de que «el izquierdismo facilitó la contrarrevolución» puede resumirse así:

1. Desde el primer día, había que apostar todo a la libre expansión de la iniciativa callejera, a una ofensiva permanente que diera confianza a los explotados, mantuviera a la defensiva a los reaccionarios, no les diera aliento para reorganizarse, desmantelara los aparatos de poder y paralizara la inestabilidad de los sectores medios. En lugar de ello, el PC se enfrascó en un tortuoso doble juego, intentando satisfacer a los trabajadores y al gobierno, a los obreros y a los patronos, a los soldados y a los oficiales, y al hacerlo desorganizó a la vanguardia y permitió que la derecha se reagrupara.
2. La clave de la táctica del PC, la célebre «alianza pueblo-MFA», con la que esperaba fomentar la confianza mutua y la colaboración entre la oficialidad y el movimiento popular, tuvo como resultado prolongar las ilusiones de las masas trabajadoras en el MFA, ampliando el margen de maniobra del Grupo de los Nove para preparar el golpe de derecha.
3. Al participar en el Consejo de Estado y en los gobiernos provisionales, la dirección del PC se jactaba, con la típica miopía reformista, de que garantizaba posiciones de fuerza al movimiento obrero; en realidad, se erigía en rehén de la burguesía y en garante del mantenimiento del orden; sólo por eso, la burguesía exigía su presencia en los órganos de poder mientras fuera necesaria.
4. Obligado por el respeto a la legalidad democrática, ansioso por complacer a los sectores medios, el PC no pudo llevar a cabo la campaña revolucionaria necesaria para aplazar las elecciones hasta que se hubieran completado las tareas esenciales de erradicación del

legado fascista-colonialista (es cierto que, en este punto, la extrema izquierda mostró la misma ceguera).

5. Frente a la ofensiva combinada de la socialdemocracia, los liberales y los fascistas para acabar con las conquistas populares, el PC recurrió al arsenal clásico de los oportunistas al borde del abismo: intentar asustar a la derecha sin preparar a los trabajadores para la contienda por el poder, lo que llevó al movimiento a caer en la trampa del «contragolpe» y a la bancarrota.
6. Esta sucesión de *errores* no fue el resultado de una mala evaluación de las posibilidades, sino que formaba parte de un plan global de democratización burguesa, que Cunhal había llamado pomposamente «revolución democrática y nacional» y para el que había preparado al partido a través de un largo periplo reformista bajo el fascismo.

Al señalar con el dedo acusador al «izquierdismo», los dirigentes del PC revelan así, sin darse cuenta, su posición intermedia, reformista, es decir, *burguesa*, hostil al potencial revolucionario del movimiento.

El ingenuo general Vasco Gonçalves lo dejó escapar una vez más en la asamblea mencionada al principio de este artículo: «Los soldados, generosos e inexpertos, querían el cielo y la tierra de un día para otro y no teníamos suficientes cuadros preparados en el ejército para luchar contra el izquierdismo». Pueden felicitarse por haber ganado la batalla.

*Política Operária*, marzo/abril de 1994, bajo el título «Antihistoria».



## Nostalgia de Salazar

Por doloroso que resulte para los cultistas del «nuevo Portugal de abril», el estado de ánimo general es hoy el de reconectar con el pasado y olvidar la irrupción «populista» de hace dos décadas. Tras veinte años de unanimidad obligatoria en la condena del antiguo régimen, el deseo de revalorizar el Estado Novo es ahora palpable.

El festival de Pide Cardoso en el SIC con ocasión del 25 de abril no fue un caso aislado. Ex ministros, artificieros del PREC, millonarios convertidos en mártires tuvieron un lugar de honor en la televisión y en la prensa, a veces escuchados como oráculos, para dar su opinión sobre los males de la «revolución»; y el mariscal Costa Gomes, cuya mayor ambición es no morir con fama de «filocomunista» (!), salió una vez más en apoyo de la «utilidad» de la PIDE en África por su «trabajo» de investigación al servicio de nuestras tropas.

Tarde o temprano, un PIDE sería autorizado a explicar sus razones porque *mucha gente ya estaba predispuesta a escucharlas*. La SIC y el Dr. Rangel tuvieron el dudoso mérito de ser los primeros en «romper los tabúes».

«Romper con los tabúes abrilistas» es un impulso que late hoy en la mente de muchas personas, no necesariamente de derechas pero sensibles a sus argumentos. «¿No hay algo de verdad en las acusaciones de que la descolonización abandonó a los portugueses que estaban allí y sacrificó nuestros intereses nacionales?» «¿Por qué trazar un antagonismo absoluto entre antes y después del 25 de abril, cuando sabemos que Marcelo Caetano ya buscaba una vía liberalizadora?» «Cuando Salazar predijo que la retirada de los portugueses provocaría terribles masacres entre los africanos, ¿no fue más lúcido que los demócratas?» «En lugar de lanzar improperios contra la PIDE, ¿por qué no reconocer que, después de todo, era una policía política ordinaria, creada y regulada por decreto?» «Llamar “fascista” al régimen de Salazar, ¿no es un concepto ideológico, sin precisión histórica?»

El demócrata medio de los años 90 está en contra del «simplismo» de condenar a los salazaristas como enemigos del pueblo. Ni siquiera le gusta el término peyorativo «salazarista». Es más, no *se traga* las condenas obliga-

torias del propio dictador. Debido a este «maniqueísmo», se dejó arrastrar por actitudes del pasado de las que hoy se arrepiente. «¡No me chantajee con la resistencia, las detenciones y el sufrimiento del pueblo! ¡No intente obligarme a elegir un bando en nombre de sus imperativos morales! La realidad tiene muchos colores y no todo puede reducirse a blanco y negro».

Bajo un aire desapasionado y objetivo, es la rehabilitación del antiguo régimen la que está allanando el camino. No es de extrañar. Después de todo, ¿no era éste el paso que faltaba después de que los partidos, los gobiernos, los tribunales, la prensa y la intelectualidad se pusieran de acuerdo sobre la naturaleza insoportablemente caótica e irresponsable del movimiento popular del 74-75? Ahora que se ha levantado el dique, el río de la revisión histórica puede fluir libremente.

Tanto más en este momento de eufórica carrera capitalista hacia nuevos «desafíos», cuando el terreno aparece, *por primera vez en un siglo*, despejado de la oposición de la corriente obrera y socialista, que se había agrupado en torno al marxismo. Al haber alcanzado la mayoría de edad, libre por fin de coacciones, el burgués puede ahora mirar el mundo con sus propios ojos y sonreír avergonzado de su ingenuidad juvenil de hace treinta años, cuando llamaba a «nuestro buen pueblo» a rebelarse contra la «dictadura colonial-fascista». Hoy, con un nuevo pragmatismo, llega a la conclusión de que ni el pueblo era tan digno de confianza como él pensaba, ni el régimen era tan odioso después de todo.

Quienes se escandalizan por este reencuentro con el pasado pierden el tiempo. Es bien sabido que cuando se trata de libertades y conquistas sociales, la burguesía sólo aprende las lecciones de la calle. Y las olvida rápidamente si no le refrescamos la memoria. Lo que falta es la lucha obrera, no la pedagogía democrática.

*Política Operária*, septiembre/octubre de 1994.

## Entre dos golpes

Mirando veinte años atrás, la «Revolución de los Claveles» aparece como un claro acto de reorganización *en interés de la burguesía*. De hecho, con el fascismo agotado y claramente incapaz de salir de la trampa de las guerras coloniales, la transición a la democracia era la condición para el crecimiento y la modernización del capitalismo.

Siguiendo el patrón clásico de este tipo de movimientos, la transición de un régimen a otro se desarrolló en dos fases complementarias: primero, las tropas apoyaron al pueblo contra el fascismo, a la izquierda contra la derecha; después se aliaron con la derecha contra la izquierda. Esta sabia combinación dio como resultado la democracia. Por eso Mário Soares y Eanes nunca olvidan vincular en sus homenajes la «jornada liberadora» del 25 de abril con la «consolidación democrática» del 25 de noviembre.

Pero la anemia crónica de la burguesía nacional hizo que el intervalo entre los dos golpes militares fuera demasiado largo, agitado y confuso. De ahí el llamado «caso portugués», que aún hoy se estudia en las universidades como un raro ejemplo de parálisis y cobardía burguesas. La oleada popular pacífica derrotó al MFA pero superó todas las barreras, convirtiendo poco a poco el país en irreconocible, rodeando a la burguesía que huyó presa del pánico, impotente para detener el desorden. El saneamiento, la ocupación de tierras y casas, la autogestión de las empresas, la libertad de huelga, la conquista de las calles, la desautorización de la policía, el poder de los plenos, el regreso forzoso de las tropas de las colonias, el comienzo de la disolución de la disciplina militar, fueron las experiencias más avanzadas de democracia proletaria vistas en este país. Bajo el aparente olvido de hoy, están tan inscritas en la memoria colectiva de la burguesía como en la del proletariado. Resurgirán inevitablemente mañana, en una nueva situación de crisis de poder.

¿Por qué, entonces, las «conquistas de abril» resultaron tan frágiles frente al novembresismo? Esta pregunta, que aún hoy amarga muchas conciencias, olvida que el movimiento popular no tenía el alcance, la estrategia ni la táctica de una auténtica revolución anticapitalista; entró espontáneamente en el vacío de poder sin tener idea de hasta dónde podía llegar, lo que en sí mismo indica que la revolución socialista no estaba en el orden del día.

Peor aún, era un movimiento debilitado por tendencias contradictorias. Llevaba consigo las semillas de la derrota. De hecho, el éxito *demasiado fácil* del 25 de noviembre no es engañoso. Durante el año y medio de «desorden», el PCP, el ala izquierda del MFA y algunos de los grupos de la llamada «izquierda revolucionaria» se mantuvieron en contacto con el movimiento popular, lo saludaron, lo aclamaron, pero intentaron dosificarlo gota a gota. Su objetivo instintivo era *mantener a la derecha a la defensiva*, pero sin golpearla seriamente. Quizá intuían que seguiría siendo necesaria para ayudar a contener el «caos»...

En otras palabras: durante el PREC hubo una permanente oposición de intereses en el campo «revolucionario», entre el proletariado, conductor ciego de los acontecimientos, y la pequeña burguesía «de izquierdas», su conductor político. Fue este conflicto el que allanó el camino hacia el 25 de noviembre. Cuando la democracia pequeñoburguesa, de la que el PCP es el principal representante, lamenta la pérdida de la «revolución, omite mencionar que hizo todo lo que pudo para frustrar las victorias populares, porque eso era lo que exigía su proyecto de un poder «democrático, nacional y popular», equidistante de la reacción y de la «calle», dentro de los límites imaginarios soñados por el 25 de abril.

*Política Operária*, septiembre/octubre de 1995.

## Cunhal novembrista

La noticia no es sorprendente, pero aun así merece la pena destacarla. En vísperas del golpe militar del 25 de noviembre de 1975, Álvaro Cunhal se reunió en secreto con Melo Antunes, uno de los cerebros de la operación, y acordó con él una «plataforma de entendimiento» sobre el futuro del régimen. Está en el número de diciembre de *Vida Mundial*, con todos los detalles.

Esto confirma públicamente, 23 años después, lo que la izquierda revolucionaria siempre ha dicho: la moderación de los militares golpistas, y en particular de Melo Antunes, frente al PCP indicaba algún tipo de acuerdo previo entre las dos fuerzas, que se confabulaban contra el movimiento popular. Lo que a los ingenuos les parecía una prueba de la «moderación» de los eanistas era en realidad el fruto de un compromiso desconocido.

Los dirigentes del «partido de los trabajadores» ansiaban librarse de la irrupción del izquierdismo, que generaba tensiones e incertidumbres y les obligaba a constantes contorsiones. Sólo podían dar la bienvenida a un golpe controlado que eliminara de la escena las reivindicaciones populares y les garantizara un lugar al sol en una nueva normalidad institucional burguesa. Por lo tanto, se comprometieron a no oponerse al golpe y a atenerse a los estrictos límites del nuevo orden. Asumieron un compromiso y lo mantuvieron.

«Discrepamos en casi todo, pero con un enorme respeto», comenta Melo Antunes. No cabe duda. Respeto entre facciones burguesas diferentes, unidas en el mismo horror ante la amenaza de la revolución.

*Política Operária*, noviembre/diciembre de 1995.















